

Las redes sociales como medio de conservación y difusión de la cultura local

**Proyecto de investigación seleccionado por:
OBSERVATORIO CULTURAL DEL PROYECTO ATALAYA 2021**

M^a Soledad Gómez Vílchez

Resumen:

El avance de Internet y del mundo digital en las últimas dos décadas ha abierto un camino de cambio y transformación social a todos los niveles. Este desarrollo ha planteado nuevos retos a la hora de definir los elementos de identidad cultural en una sociedad conectada en la que las distancias han desaparecido; las posibilidades de información y de transmisión de conocimientos se han ampliado; y las interacciones y conexiones se multiplican. La cultura de un determinado lugar, en tanto que entidad viva compuesta tanto por elementos heredados del pasado como por influencias externas adoptadas, está imbuida en unos procesos de hibridación como nunca antes se habían dado. La globalización ha aumentado tanto la escala como la velocidad de cambio de las transformaciones culturales. Y en este proceso de adoptar nuevas identidades hay otras que quedan relegadas a un segundo plano, principalmente aquellas relacionadas con una cultura popular y con unos modos de vida ya hoy en claro retroceso. Pero, aunque la tecnología y la mundialización puedan verse como un riesgo para las culturas locales, al entender que pierden sus particularidades al diluirse en un mundo global, en realidad son también una gran oportunidad. En primer lugar, porque son una vía que permite dar a conocer la identidad cultural de un territorio o de un grupo social, aportando facilidades de conexión y expansión, y evitando así que caigan en el olvido. Y en segundo lugar, porque facilitan un campo de trabajo activo para desarrollar procesos de recuperación patrimonial basados en la comunidad. La reflexión acerca del cambio cultural acaecido y las posibilidades del mismo para la documentación del patrimonio local y la puesta en valor de la cultura popular, serán los elementos a tratar en este estudio.

Palabras clave: cultura, identidad cultural, cultura local, redes sociales, globalización, tradición, etnografía, patrimonio.

Abstract:

The advancement of Internet and the digital world over the last two decades has opened a way of change and social transformation in all levels. This development has suggested new challenges when we have to define the elements of cultural identity in a society where distances have disappeared, the chances of information and knowledge transmission have broaden; and the interactions and connections are multiplied. The culture of a place is a living being, composed both by inherited elements of the past and the adoption of external influences. This culture changes through the contact with other realities and gives place to a process of cultural exchange. Currently, globalization has increased both the scale and the speed of those changes. But in this process there are cultural elements that remain set apart to a second level or are lost, chiefly those that are related to a popular culture and ways of life already past. Even though technology and the globalization may put local cultures into risk, they are also a great chance. First of all, because they are a way that let the identity culture of a territory or social group be known, which opens options to avoid them to be forgotten. And secondly, because it is a work field to develop recovery patrimonial projects base on the community. This study will be about the cultural change that has taken place and the chances of social networks to regain the popular culture.

Keywords: culture, cultural identity, local culture, social networks, globalization, tradition, ethnography, heritage.

Índice:

1. Introducción	5
1.2 Justificación.	6
1.3 Objetivos	7
1.4 Metodología	7
2. La cultura popular en la sociedad de la información.	9
2.1 El concepto de cultura.	9
2.2 La cultura popular.	11
2.3 La sociedad de la información y el conocimiento.	15
2.4 La evolución cultural en la sociedad de la información.	18
2.5 La preservación de la cultura popular.	19
2.5.1 Medios para la preservación de la cultura popular	21
2.5.2 Elementos a preservar	23
2.5.2.1 El habla	23
2.5.2.2 Memoria oral	30
2.5.2.3 Gastronomía	33
2.5.2.4 Música popular	35
2.5.2.5 Juegos tradicionales	35
2.5.2.6 Artesanías y oficios populares	37
2.5.2.7 Festividades	38
2.5.2.8 Creencias populares.	39
2.5.2.9 Elementos materiales	40
3. Las redes sociales en la conservación de la cultura popular.	42
3.1 Introducción.	42
3.2 Las redes sociales y su uso en el patrimonio cultural	44
3.2.1 Las redes sociales y la creación de comunidades.	46
3.2.2 Las redes sociales como herramienta de documentación de la memoria colectiva.	48
3.2.3 Las redes sociales como herramienta de compilación de un pasado material.	50
3.2.4 Las redes sociales como vía de transmisión cultural.	51
3.3. Medios para la recuperación de la cultura popular a través de las redes sociales	52
4. Estudio de caso: Patrimonio de Montefrío.	54
4.1 Introducción	54
4.2 El marco territorial: Montefrío.	54

4.3 La comunidad en línea	55
4.4 Análisis de datos.	60
5. Conclusión	66
6. Bibliografía	67

1. Introducción

Desde los inicios del siglo XXI asistimos a un periodo de definición de un nuevo espacio social y digital como consecuencia de la implantación y extensión de la tecnología de la información como fenómeno de masas. La sociedad industrial ha dado paso a una sociedad post-industrial o de la información, en la que la comunicación y la hiperconexión se han convertido en los elementos clave que han generado un espacio informatizado, ubicuo y globalizado. La imprenta transformó la forma de divulgar el conocimiento, dando lugar a la primera gran revolución cultural de la humanidad. La llegada de la tecnología y, sobre todo, de Internet, dio lugar a la segunda, pues hasta ahora el mundo no había vuelto a vivir un proceso de cambio cultural tan profundo, extensivo y a tan gran escala.

Estas transformaciones han generado una sociedad líquida, híbrida y multimedia, con nuevos paradigmas comunicativos en los que Internet y el mundo en red son su principal exponente. En este proceso, las redes sociales han supuesto una revolución en el marco de la sociedad digital, pues no solo han favorecido la proliferación de nuevos espacios de interacción, sino que también han virtualizado muchos de los ámbitos tradicionales de socialización, que ahora tienen lugar en un entorno virtual. Se generan así lugares de encuentro digital, verdaderas comunidades en línea capaces de generar entornos de trabajo, desarrollo y transformación. El cambio de hábitos en la sociedad, acelerado además por la crisis de la Covid-19, genera un modelo de comunicación global, abierto y descentralizado en el que los consumidores de contenidos ya no solo actúan como meros espectadores, sino que tienen también la posibilidad de participar y de contribuir de manera activa.

Las redes sociales se han convertido en algo más que en una herramienta de información y comunicación, y son además unos espacios versátiles, abiertos y con alta capacidad para generar sinergias colaborativas. Es una nueva concepción de la forma de generar y consumir cultura, que trae consigo cambios en los referentes físico-temporales y en las formas de interrelación, pues no es solamente hacer uso de unos determinados medios tecnológicos, sino también implementar las transformaciones conceptuales que el empleo de esos nuevos medios conlleva.

En los últimos años diversos espacios museísticos y patrimoniales han trabajado activamente en redes sociales como medio de integración y la interrelación con su público, haciendo que cada vez sean lugares más abiertos, sociales y participativos, y dando cabida a la inclusión de proyectos ciudadanos.

En el terreno cultural esta situación ha posibilitado que se dé un proceso de ampliación de los límites hasta este momento existentes, con dos elementos principales que van a ser especialmente significativos. Por un lado, la universalidad en cuanto al acceso al conocimiento y a la información; y por otro, las posibilidades de que todo tipo de proyectos culturales, independientemente de su

ubicación geográfica, medios y presupuestos, tengan a su disposición unos mecanismos que les permiten llegar a un público global. Estos elementos han hecho que se genere un fenómeno de interconexión hasta ahora nunca visto y que da lugar a un desarrollo cultural abierto, plural y ubicuo. Desarrollo que, además, por primera vez en la historia se manifiesta al unísono en el espacio local y en el ámbito global.

El uso masivo de las redes sociales ha posibilitado que diversas entidades culturales de ámbito local o proyectos ciudadanos de recuperación patrimonial estén teniendo una vía que les permita darse a conocer y comunicarse con su público (físico y digital), conectar con otros entes culturales, generar comunidades y crear sinergias de trabajo colaborativas. Para muchos proyectos culturales pequeños, de ámbito rural o físicamente alejados de las grandes urbes, las redes sociales han sido el elemento clave que les ha permitido superar las limitaciones geográficas, económicas y humanas, y les han posibilitado llegar a nuevos usuarios y crear comunidades.

La red se convierte en un catalizador de corrientes culturales. La producción, la distribución y el consumo de cultura se abren a nuevas formas y medios, amplían su rango de acción, dejando al margen algunos de los canales tradicionalmente establecidos y generando nuevas tendencias más accesibles, colaborativas o comunitarias. Representa así un elemento clave para la transmisión cultural, generando una trama social no jerárquica, abierta y nodal que crea comunidad y favorece el activismo y la participación de diversos tipos de usuarios. Han surgidos así comunidades en red en torno a identidades culturales concretas, para su reconocimiento, salvaguarda y difusión, en algunas ocasiones partiendo de entes institucionales y en otras como iniciativas ciudadanas.

Algunas de estas redes han sido la base de proyectos de divulgación o de recuperación patrimonial, a través de los cuales se han llevado a cabo recopilación de elementos de cultura popular (tradiciones, leyendas, etc.), de bienes patrimoniales (fotografías antiguas, cartas, documentos, etc.) o de patrimonio intangible y memoria oral.

1.2 Justificación.

Esta investigación nace de un interés por aunar dos elementos que a menudo suelen aparecer representados como alejados entre sí, pero en los que convergen líneas de encuentro: las tecnologías de la información y la comunicación, por un lado; y los espacios rurales y la identidad local por otro.

La idea de trabajar en esta línea surge de la constatación de las escasas investigaciones existentes en este ámbito concreto, de la necesidad de estudiar y sistematizar una serie de manifestaciones

culturales locales, en ocasiones diluidas en la cultura globalizada, y de las posibilidades de las redes sociales para establecer vías de desarrollo, conservación y puesta en valor.

Se parte de la convicción de que Internet no es solo una herramienta de unificación cultural, sino también un espacio en el que las pequeñas comunidades están encontrando vías para su desarrollo. La hipótesis de investigación busca constatar si el uso de las redes sociales por parte de los entornos rurales puede actuar como un medio para la difusión, conservación y puesta en valor de la identidad cultural. Así, como sus posibilidades como motor de desarrollo sostenible y su posible contribución al crecimiento local. La hipótesis se sustenta en la variedad de proyectos culturales que han hecho uso de los medios sociales con notable éxito, y en el impacto de los mismos en la comunidad. Esta propuesta presta especial atención el componente humano, al individuo como garante de los procesos de reconocimiento y transmisión cultural, y a la colectividad de la que forma parte y que se identifica con ellos.

1.3 Objetivos

El objetivo general de la presente investigación es analizar, estudiar y evaluar el uso de las redes sociales como medio para el reconocimiento de la cultura local y de pequeñas comunidades.

Se contemplan además una serie de objetivos específicos, en concreto:

- Estudiar el uso de las redes sociales por parte de las pequeñas instituciones culturales.
- Analizar la envergadura y extensión de este fenómeno.
- Formular propuestas que ayuden hacer un uso efectivo de estos medios por parte del sector cultural.
- Identificar los retos culturales que tienen las entidades locales a la hora de promover y preservar sus singularidades dentro de una sociedad globalizada.

1.4 Metodología

Esta investigación se divide en tres partes. En primer lugar, el estudio y la sistematización de aquellos elementos propios de una cultura popular que se están perdiendo o cayendo en desuso como consecuencia del desarrollo natural de la sociedad. En segundo lugar, la capacidad que tienen las redes sociales para generar contextos de trabajo, de visualización y de reconocimiento de estos valores, como una vía para su conservación, sistematización y legado. En tercer lugar, un estudio de caso que muestra las posibilidades de las redes sociales como herramienta de difusión de la cultura local.

El modelo de investigación que se ha llevado a cabo en las dos primeras partes de este proyecto es de tipo teórico y hermenéutico, a través de la investigación documental y la búsqueda de información. Esto ha incluido:

- La lectura y selección bibliográfica de textos que aporten nociones relacionadas con el tema en curso.
- La clasificación conceptual de las principales ideas.
- El análisis de posibilidades concretas de desarrollo.

En último lugar, para el estudio de caso, y aunque no se trata de una investigación puramente etnográfica, se han aplicado algunos de los principios fijados en los modelos de etnografía digital por su adecuación a este contexto.

Internet es un espacio social, de interacción y de comunicación, y, en consecuencia, un lugar en el cual se puede analizar las prácticas de una sociedad conectada. El método etnográfico se ha posicionado como una herramienta adecuada para analizar las relaciones mediadas por la tecnología. Internet puede ser una fuente de estudio etnográfico, al estudiar la trama de relaciones que tienen lugar usando este medio, pero se debe tener presente que el espacio *online* y *offline* son dos ámbitos comunicados entre sí, por lo que no se puede analizar la realidad digital de manera aislada sin contemplar la otra. Centrar un estudio teniendo como base únicamente una comunidad en red puede limitar su conocimiento, pues las relaciones sociales en el ámbito digital deben entenderse como un “producto de procesos comunicativos más generales” (Díaz de Rada 2010: 43).

“La dicotomía entre el mundo en línea (*online*) y el mundo fuera de línea (*offline*) se disolvió para dar paso a preguntas de investigación más holísticas y más amplias que buscaban describir cómo el Internet y las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) en general, se integraron y se plasmaron en la vida cotidiana. Los sitios de campo se trasladaron de “etnografías de pantalla” al trabajo etnográfico que integró los reinos tanto en línea como fuera de línea [...] En resumen, las etnografías digitales han evolucionado desde una “etnografía virtual”, realizada únicamente en la pantalla, a arreglos más integrados y complejos de multisitios, multiniveles y multiplataforma” (Gómez Cruz y Ardèvol, 2013: 30, 31).

Christine Hine (2004) desarrolló una metodología de investigación sobre Internet a través de un modelo etnográfico basado en dos formas diferentes de entender la red. Por un lado, la representación de Internet como un lugar cultural, en el que emergen diferentes formas de cultura y se crean nuevos estándares. Y por otro como un artefacto cultural, es decir como una práctica que puede tener diferentes variantes y funcionales dependiendo de quién lo use y de cómo se use.

Su modelo, entendido primeramente como etnografía virtual (Hine: 2004) evolucionó hacia un concepto más general, ampliando la mirada hacia una etnografía digital (Hine: 2015), en la que está presente la materialidad y las relaciones e intersecciones que tiene lugar tanto en el entorno digital como en los espacios físicos.

Siguiendo a Hine (2015), y teniendo en cuenta que los campos de trabajo digitales son entornos difusos e impredecibles, el desarrollo de esta investigación se ha hecho acorde a los tres principios citados por la autora:

1. El campo de estudio se ha entendido como una construcción mixta entre los espacios en línea y fuera de ella. Es decir, como “un ensamblaje de actores, lugares, prácticas y artefactos que pueden ser físicos, virtuales o una combinación de ambos” (Boellstorff et al, 2012: 61). Ello implica tanto el estudio de la comunidad virtual como el territorio físico con el que se vincula, elementos ambos que se han llevado a cabo.
2. La participación y presencia del sujeto investigador en los diferentes medios y redes.
3. La larga duración en el tiempo del trabajo de campo, de forma que se puedan establecer conexiones entre los diferentes elementos y actores implicados en los objetos de estudio, formular y rechazar teorías emergentes y llegar a un punto de saturación (Hine, 2015: 56, 64-66). La relación de la investigadora de este proyecto con el objeto de estudio se extiende desde su origen, en el año 2010, lo que ha permitido establecer las relaciones necesarias para analizar el proyecto con perspectiva.

2. La cultura popular en la sociedad de la información.

2.1 El concepto de cultura.

El concepto de cultura es complejo y controvertido. En distintas épocas y desde diferentes perspectivas las teorías que tratan de definirla se han multiplicado por doquier. Son muy numerosas y diversas las definiciones propuestas, con diverso grado de aceptación entre los estudiosos, y en no pocas ocasiones las posiciones son contrapuestas, sin posibilidad alguna de compatibilización. No obstante, cabe aproximarse a una fórmula, más bien genérica, que pueda, aunque con matices, contar con un cierto consenso.

Para el antropólogo Edward B. Tylor el primero en definir el término con un sentido similar al actual, representa una “totalidad que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos que el hombre adquiere como miembro de la sociedad”. (Lévi-Strauss, 1992: 368). Tylor definió el concepto de cultura desde un punto de vista descriptivo y objetivo, sin carga de valor, y englobando tanto elementos materiales como inmateriales. Esta

concepción, enmarcada dentro de las corrientes evolucionistas de mediados del siglo XIX, es significativa en tanto que aporta algunas de las claves que definen el significado actual de esta palabra, fundamentalmente el entender la cultura como un elemento ligado a una colectividad y el hecho de que englobe a cualquier tipo de sociedad, independientemente de su nivel de desarrollo. Esta definición del concepto de cultura tuvo un notable éxito a finales del siglo XIX y principios del XX, y aunque ha sido revisada, matizada y ampliada a lo largo del tiempo, su carácter social hace que siga siendo un punto de partida interesante como base para analizar el papel que juega los elementos culturales en una sociedad conectada.

Desde entonces, las definiciones han proliferado en múltiples direcciones, en función de las distintas tendencias o escuelas (evolucionistas, relativistas, estructuralistas, materialistas. Idealistas...). Para Pierre Bourdieu, que definió el término cultura desde el punto de vista de la identidad, el contacto entre los miembros que forman parte de una determinada cultura resulta de gran importancia en la construcción del conocimiento, así “la cultura aparece cada vez más como un elemento de estrategia - no necesariamente consciente - de los actores sociales, especialmente si están comprometidos en luchas sociales o políticas” (Cuche, 1997: 25). La cultura así aparece por un lado como un valor aprendido, de manera consciente e inconsciente, por el simple hecho de formar parte de una sociedad determinada y de interactuar con otros miembros de la misma. Y también como un elemento transmitido al futuro, mediante el aprendizaje, el lenguaje hablado y el lenguaje simbólico (Fernández, 1991; Martín-Barbero, 2002). La cultura constituye una forma de acción social y más allá de los bienes que la componen, el factor humano es el elemento que la dota de sentido y que la sustenta como legado. Se aprende en sociedad, formando parte de un grupo humano que transmite una serie de valores. “Aprendemos nuestra cultura a través de la observación, escuchando, conversando e interactuando con otra gente. Las creencias culturales compartidas, los valores, los recuerdos, las esperanzas y las formas de pensar y actuar pasan por encima de las diferencias entre las personas. La enculturación unifica a las personas al proporcionarnos experiencias comunes”. (Kottak, 1994: 38.)

Junyent Figueras y Comellas Casanova consideran que un denominador común es que se trata de un “conocimiento adquirido por el hecho de ser miembro de una sociedad” (2019: 17). Por su parte, Duranti establece unas características resumidas en la consideración de la cultura como: a) algo distinto de la naturaleza b) conocimiento socialmente distribuido, c) comunicación, o sea, sistema de signos y representación del mundo comunes, d) sistema de mediación, e) sistema de prácticas y f) sistema de participación (2000: 56-76). Otros autores ponen el énfasis en la capacidad, los conocimientos, las actitudes y las aptitudes que permiten al individuo actuar de modo plausible para los demás miembros de su comunidad. Geertz entiende la cultura incluso como algo que “no es sólo un ornamento de la existencia humana, sino que es una condición esencial de ella” (1989: 52).

Para el Diccionario de la lengua española (DLE) es ‘Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.’.

En definitiva, se puede afirmar que no es posible encontrar una definición que goce de unanimidad en el ámbito de la antropología. En cualquier caso, sí parece factible fijar como base que se puede entender como cultura un conjunto de conocimientos, ideas, costumbres y tradiciones adquiridos por los miembros de una determinada comunidad que caracterizan y, en buena medida, condicionan su modo de vida y comportamiento, para ser socialmente aceptables, y que configuran un sistema de valores socialmente plausible. Este conjunto de elementos es el resultado de una construcción social a lo largo del tiempo, con una serie de valores compartidos y recibidos en herencia, que dan consistencia al individuo dentro de la sociedad y a la propia sociedad en sí misma.

Esta definición, aunque discutible, matizable y ampliable, se entiende como suficientemente amplia y abierta para su aceptación como punto de partida de este estudio.

2.2 La cultura popular.

La cultura tradicional y popular es el conjunto de creaciones que emanan de una comunidad fundadas en la tradición, expresadas por un grupo o por individuos y que reconocidamente responden a las expectativas de la comunidad en cuanto expresión de su identidad cultural y social. Generalmente las normas y los valores se transmiten oralmente, por imitación o aprendizaje. Sus formas comprenden, entre otras, la lengua, la literatura, la música, la danza, los juegos, la mitología, los ritos, las costumbres, la artesanía, la arquitectura y otras artes. La cultura tradicional popular, en la medida en que se plasma en manifestaciones de la creatividad intelectual individual o colectiva, merece una protección análoga a la que se otorga a las producciones intelectuales. (UNESCO. Recomendación sobre la Salvaguardia de la Cultura Tradicional y Popular. 1989).

Dentro de esta cultura tradicional hay que hacer especial mención a un elemento de mayor fragilidad, los elementos inmateriales. Se entiende por patrimonio cultural inmaterial los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas, junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes, que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconocen como parte integrante de su patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana. (Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial 2003. UNESCO).

Así, el principal elemento para la conservación y transmisión cultural tiene su base en el reconocimiento por parte de un grupo social de aquellos elementos que se identifican como de valor cultural. En este contexto se incluyen tanto aquellas manifestaciones consideradas como de alta cultura, y normalmente asociadas a contextos más académicos, urbanos, globales e institucionalizados a través de las figuras de los museos, archivos y bibliotecas; pero también los elementos más cotidianos, que con frecuencia suelen vincularse a una cultura entendida como popular, tradicional, rural y local.

Independientemente del concepto que se tenga de cultura, es indudable que a lo largo de la historia se puede comprobar que, en el seno de cualquier sociedad, al menos en el mundo occidental y probablemente también en otros ámbitos, han convivido al menos dos corrientes culturales que discurren en paralelo, que podemos identificar como cultura oficial y cultura popular. De la primera se podría afirmar que es la que goza de mayor prestigio y reconocimiento, ya que es la dominante, avalada y bendecida por las autoridades académicas, así como asumida y potenciada por los poderes económicos y políticos. Esta es la que marca el paradigma en cada momento histórico en una determinada sociedad. Es además la que queda normalmente recogida en los documentos y la que pasa a formar parte de la historia. En cierto modo es la cultura única que se hace visible y es tomada en consideración. De manera errónea se le suele conceder con frecuencia la exclusividad de la representación de la comunidad, como si esta fuese completamente homogénea y estuviese adherida en la totalidad de sus miembros al pensamiento dominante.

La cultura popular está constituida por las manifestaciones específicas tradicionales de un pueblo en su vida cotidiana. No suele contar, por tanto, con un aparato teórico que la sustente en su desarrollo (cuestión distinta es la descripción y los estudios que se puedan llevar a cabo). Y no suele gozar tampoco, al menos inicialmente, con el prestigio que acompaña a la cultura oficial ni con el respaldo de los poderes públicos. En consecuencia, se diferencia claramente del paradigma general socialmente admitido, cuyos rasgos quedan aquí reflejados en muy escasa medida. Como queda dicho, ambas manifestaciones de la cultura, oficial y popular, discurren simultáneamente en el seno de una comunidad y pueden llegar a tener, a veces, algunos puntos de contacto, pero en general se desarrollan de manera independiente e ignorándose mutuamente por norma general, lo que da lugar a la invisibilidad para el elemento más débil, que parece haber circulado en todo momento por un canal subterráneo. Por ello la cultura popular se ha entendido con frecuencia como una subcultura.

Es cierto que ha habido ocasiones, más bien esporádicas, en las que desde el ámbito culto se ha prestado una relativa atención a lo popular; y ello ha sido quizá más notorio en la literatura y en la música que en cualquier otra parcela de la cultura. No han faltado ejemplos en la historia de autores que han recogido, reciclado y reconstruido elementos del saber popular, dándoles así franquicia

para acceder al estatus superior. Otras veces han encontrado ahí una rica fuente de inspiración, que solamente se pone de manifiesto de manera explícita en los estudios críticos de los eruditos. Pero esto no ha sido lo habitual. Cabe suponer razonablemente que en la inmensa mayoría de los casos las producciones culturales populares solo han sobrevivido en la propia memoria del pueblo o bien han acabado cayendo en el olvido y desapareciendo para siempre.

Si bien la relación entre lo culto y lo popular siempre ha sido más bien distante, es posible distinguir, no obstante, momentos de aproximación. En este sentido parece razonable, tal como propone Guichot y Sierra (1999: 25-27), distinguir tres grandes períodos:

- Desde la formación de las literaturas nacionales en el siglo XVIII hasta finales del XVIII con el Neoclasicismo. Califica este largo período como el de los utilizadores egoístas y lo explica así: “separados lo erudito y lo popular, esta producción tradicional estaba desconsiderada; se la tenía como cantera sin dueño y hasta como fruto colectivo sin valor cotizabile. Así, el autor erudito se apropiaba la producción tradicional, la obra popular oral, la modificaba, la utilizaba a su gusto y a su fin, y, como elemento desdeñado, la ocultaba en la mezcla”.
- Desde finales del XVIII hasta mediados del XIX (Romanticismo), período que califica como el de los utilizadores simpatizantes y lo caracteriza del siguiente modo: “mirándose ya con simpatía a lo nacional y propio, por el espíritu romántico, suprimiéndose el destierro a lo tradicional y popular, júzgase a esta producción, como del ingenio y el carácter del pueblo, como un valor positivo. Y así, aunque el autor erudito utilizaba el material del pueblo como parte de su obra, no lo diluía en la mezcla hasta hacerlo desaparecer, sino que lo distinguía y lo consideraba en el aspecto de producción recreativa o estética.
- El Realismo. Desde 1850 a 1890. Se divide en dos subperíodos, el de preparación regionalista, de 1850 a 1875, y el de preparación folclorista, de 1875 a 1890. “Es valorado lo popular con propia personalidad y existencia, producto del espíritu íntegro del pueblo y expresión pura del mismo, de caracteres tanto históricos como antropológicos. Estas dos clases de caracteres determinan las dos clases de recolectores: regionalistas y folcloristas. El autor regionalista recoge, separa y muestra lo popular como distinto a la creación individual erudita. El autor folclorista recoge, separa, estudia, clasifica y compara, pudiendo elevarse hasta la formación de conclusiones”.

Guichot considera que estos períodos, pero relativizando en cierta medida la exactitud de las fechas, son los correspondientes a los orígenes del folklore en los países cultos. A partir de ahí los estudios e investigaciones sobre la cultura popular aumentan considerablemente. Aunque el autor establece esta cronología (que finaliza en 1821) a efectos didácticos y de organización de su trabajo, nos resulta útil también para confirmar que durante siglos la cultura popular fue muy poco valorada y es solo desde el siglo XIX cuando los estudiosos se empezaron a interesar seriamente por ella. Cabe suponer que a lo largo de esa dilatada época de oscuridad habrán desaparecido múltiples

elementos que, al no haber sido documentados en su tiempo, han caído en el olvido y hoy son ya irrecuperables.

La meritoria obra de Guichot consta de dos partes bien diferenciadas. La primera recoge amplia información sobre el folklore de los diversos países europeos, excepto España, con especial atención a tradiciones, costumbres, canciones, refranes, locuciones, cuentos, mitos, leyendas, supersticiones y creencias. Hace referencia además a sociedades, publicaciones y estudiosos de la cultura popular. Finalizado el repaso al folklore europeo, se recoge igualmente información, mucho más limitada, sobre Asia, África, América y Oceanía. La segunda parte del libro está dedicada íntegramente a España, con algunas referencias esporádicas a otros países. Se hacen consideraciones generales sobre obras de siglos pasados que recogen elementos de cultura popular, con especial atención al romancero, al refranero y al cancionero popular. Se estudian a continuación las principales manifestaciones del folklore en las distintas regiones españolas. Y finaliza el libro con la propuesta de crear una institución común, con una biblioteca, un archivo y un museo donde queden recogidos y preservados los materiales de interés de la cultura popular española.

Sobre los orígenes de los estudios sobre folklore y antropología general en España es obligado citar otros nombres, tales como Antonio Machado y Álvarez y Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero). Ya en el siglo XX hay que destacar, entre otros, a Julio Caro Baroja, José Miguel Barandiarán, Ramón Violant y Simorra, Joan Amades, Telesforo de Aranzadi, Luis de Hoyos y Antonio Rodríguez Moñino. Justo es también hacer referencia a la Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, publicada entre 1944 y 2019, año en que pasó a denominarse Disparidades. Revista de Antropología, pero mantiene, como continuadora de la anterior, la numeración histórica en los nuevos ejemplares que se publican ahora exclusivamente en edición digital.

Por tanto, cultura local la entendemos, a los efectos de este trabajo, como una parte de la cultura popular, referida en este caso a comunidades y ámbitos territoriales reducidos, sin que ello signifique el establecimiento de límites estrictos. No obstante, como referencia, podemos situar el espacio a considerar en el municipio o en la comarca, por entender que uno y otra son unidades básicas de convivencia con unas características bastante homogéneas y compartidas por el conjunto de la población. Sin perder de vista que seguimos hablando del saber popular, de las manifestaciones cotidianas, ajenas casi por completo a los esquemas habituales en las expresiones propias de los ámbitos formales, oficiales o académicos. Es decir, nos referimos a lo que, aun estando a la vista, o precisamente por eso, por ser lo cotidiano, lo habitual, lo normal en la vida del pueblo, deviene invisible para los propios usuarios, que no alcanzan a valorar lo que para ellos es corriente y ordinario. Y queda también invisible para gran parte de las élites sociales y culturales,

que tienden a ignorar todo aquello que no se considera propio de una alta cultura, al considerarlo de escaso valor y, por tanto, de bajo interés.

Como consecuencia de tales planteamientos, es fácil comprobar que existen múltiples elementos constitutivos de la cultura local que están en riesgo de desaparición o que ya han quedado irremisiblemente olvidados.

2.3 La sociedad de la información y el conocimiento.

La identidad cultural representa una forma de reconocimiento colectivo de una serie de rasgos socioculturales, tales como las costumbres, los valores, las tradiciones o las creencias, que otorgan al individuo un sentido de pertenencia a una comunidad. Algunos de los principales vehículos de identificación cultural a lo largo de la historia han sido la lengua, como vía de comunicación entre los miembros de una comunidad; o la religión, con los ritos y ceremonias asociadas a ella. La identidad se configura y se cohesiona a partir de la existencia previa de un pasado compartido, de una memoria preservada y de una serie de elementos patrimoniales asociados a la historia en común. El desarrollo tecnológico de los últimos años ha planteado nuevos retos a la hora de definir los elementos de identidad cultural en una sociedad conectada.

La denominada Sociedad de la Información y del Conocimiento hace referencia al nuevo modelo social, económico y cultural surgido a raíz del avance tecnológico y del desarrollo de Internet. La globalización supone la creación de infraestructuras mundiales a gran escala, con amplia capacidad de penetración y bajo coste, que permiten llegar a puntos geográficos diversos y actuar como un elemento de difusión cultural. Este modelo ha planteado desde sus inicios toda una serie de debates acerca de su progreso y de sus posibilidades, con el fin de estudiar y conceptualizar el impacto social de su uso y los diferentes retos que plantea. Actualmente no cabe duda de la importancia y la extensión de la tecnología, que ha hecho que la sociedad occidental sea hoy un espacio conectado a prácticamente todos los niveles. Las TIC han modificado las formas de trabajar, nuestro ocio, los medios de relación personal o incluso las referencias físico-temporales. Cualquier elemento puede alcanzar en la actualidad una escala planetaria, como se ha observado a raíz de la pandemia por la Covid-19. Y no solo por la extensión de la enfermedad en sí, sino también por la aceleración de los procesos y medios digitales vinculados a una sociedad que se ha volcado en Internet, que ha roto nuevas barreras y que ha asumido con gran rapidez novedosas formas de gestionar su cotidianidad.

El papel jugado por la tecnología hasta llegar a este punto ha sido planteado de manera distinta. Piscitelli, al comenzar el siglo XXI, se cuestionaba si el avance tecnológico que se estaba viviendo era una revolución o una evolución (Piscitelli, 2002: 179). En esta misma línea han sido diversos los autores que han reflexionado acerca de si la tecnología suponía una ruptura o era más bien el fruto

de un cambio. Quizá el concepto de “evolución revolucionaria” podría ser útil para definir este amplio desarrollo. El ser humano ha ido adquiriendo diferentes grados de tecnificación a lo largo de su historia que han contribuido al cambio social. Sin caer en el determinismo tecnológico, su impacto, asociado a otros agentes, ha sido un factor de transformación a diferentes niveles. Dentro de este proceso evolutivo ha habido tecnologías clave (como la imprenta, en su momento, o Internet en la actualidad) cuyo efecto, a nivel social y cultural, ha sido más extenso y con más capacidad de penetración y cambio en las formas de vida previamente establecidas. Analizar este desarrollo ya con una cierta perspectiva temporal y con una sociedad digital más madura, nos permite focalizarnos en los modos y usos generados, y no tanto en la sobredimensión del fenómeno tecnológico en sí, que pasa de ser protagonista a convertirse en un medio más. Cita Castells que “la tecnología no determina la sociedad: la plasma. Pero tampoco la sociedad determina la innovación tecnológica: la utiliza” (1996: 31). Esta concepción de la tecnología como elemento utilitario y no definitorio, nos lleva a entender el proceso de cambio como una etapa dentro de la metamorfosis global en la que estamos inmersos. Etapa importante, y revolucionaria, sin duda, pero que probablemente, y a raíz de las futuras transformaciones que tendrán lugar en las décadas venideras, será entendida como un eslabón más en un proceso evolutivo.

Dentro de este desarrollo resulta evidente que nuestro modelo cultural ha cambiado desde que la tecnología empezó a formar parte de nuestra cotidianidad. Incluso hasta modificar la cotidianidad en sí misma, incluir nuevos hábitos y generar nuevas formas de interactuar con el entorno basadas en las TIC. Internet se conforma así no solo como un espacio tecnológico, sino también a través de “prácticas sociales significativas” (Ardèvol 2003: 13), en las que están presentes una dimensión social de la tecnología. Es, además, junto a otros factores, un elemento que ha generado el desarrollo de una cultura digital. Este concepto se ha entendido de maneras diversas, algunos autores lo utilizan únicamente para referirse a la cultura en red como un ente en sí mismo; y otros, sin embargo, amplían su marco de acción para referenciar en general al nuevo modelo de sociedad al que el avance tecnológico ha dado lugar. Castells hace referencia a que “la cultura es una construcción colectiva que trasciende a las preferencias individuales e influye en las actividades de las personas pertenecientes a dicha cultura, en este caso, los usuarios/productores de Internet” (2001: 51), considerando que la red no debe ser entendida solamente como una tecnología, pues se trata también de una producción cultural. En este sentido Hine hace mención a la tendencia a concebir Internet más como una cultura en sí misma que como un artefacto cultural (2004: 43).

Actualmente, la cultura digital no se puede entender como un ente independiente del mundo físico, ni considerar que es “una forma de cultura que acaba con la anterior o que la absorbe hasta anularla, sino sabiendo que la tecnología digital, además de lo nuevo que aporta, modifica todo lo existente hasta cualificar a la cultura en su conjunto” (Pérez Tapias, 2003:20).

La repercusión que ha tenido Internet en la transformación cultural ha sido de gran importancia y sin precedentes. Pierre Lévy habla de tres elementos clave que han marcado su desarrollo: la interconectividad, las comunidades virtuales y la inteligencia colectiva. A través de ellos se articula una nueva forma de ordenar el desarrollo evolutivo, desde las pequeñas sociedades de cultura oral, pasando con las civilizaciones con conocimientos de la escritura y llegando hasta la actual etapa de cultura digital en la que coexisten los ámbitos global y local (Lévy, 1997: 204). Esta convergencia entre los elementos locales y globales da lugar a un desarrollo cultural conectado e híbrido.

El desarrollo de la Sociedad de la Información ha generado una aceleración de los procesos de globalización, económica, principalmente, pero también social y cultural. Este fenómeno ha planteado una serie de debates asociados a la pérdida de determinados particularísimos culturales en pos de una homogenización o una asunción de elementos provenientes de una cultura dominante. Esta idea, bastante extendida, debe ser matizada. En primer lugar, para analizar este proceso hay que tener presente que el sincretismo cultural no es un fenómeno nuevo y ha existido desde siempre. La cultura es un ente vivo y diverso que evoluciona con el tiempo, y los cambios surgen como resultado de la asunción natural de diversos elementos por parte de las comunidades sociales, que se apropian, se vinculan y otorgan nuevos significados a distintos paradigmas culturales externos que poco a poco se integran como propios. La mundialización no es la causa de este fenómeno, pues ya existía de manera previa al mundo global y conectado generado por las TIC.

Eliot (2003), en su obra “Notas para la definición de la cultura”, hacía mención a cómo los distintos pueblos se influyen entre sí, y vaticinaba un futuro en el cual todas las culturas, en mayor o medida, contribuían las unas a las otras. Ciertamente es que en una sociedad conectada los intercambios culturales son mayores, y los procesos de comunicación masiva, la multiplicidad de interacciones y la velocidad de transmisión de la información, han acelerado las fusiones culturales. Sin embargo, ello no implica de por sí una estandarización de la cultura pues nos encontramos ante un fenómeno complejo y poliédrico, en el que entran en juego diversas variables.

La mundialización a nivel cultural implica sin duda retos, pero también supone nuevas ventajas y oportunidades. Entre ellos:

- Mayor posibilidad de difusión de culturales locales que hasta ahora no habían tenido medios suficientes para llegar a un público global. Los medios de masa como la televisión, la prensa o la radio no siempre han estado accesibles para dar cabida a las manifestaciones culturales minoritarias y, cuando lo han hecho, ha sido generalmente de manera puntual.
- La revalorización de producciones populares, como mecanismo de respuesta a una cultura más global.

- La posibilidad de dar voz a las personas como entes generadores o divulgadores de cultura.
- La creación de comunidades en torno a un proyecto cultural.
- El desarrollo de acciones culturales significativas basadas en la tecnología.

2.4 La evolución cultural en la sociedad de la información.

La cultura no se debe entender como un ente estático, pues evoluciona y fluctúa, asumiendo rasgos de culturas foráneas. La propia sociedad, de una manera natural, paulatina y a raíz de su reconocimiento, y de una voluntad personal y colectiva, va asumiendo y estableciendo otros elementos de identificación que igualmente pasaran a ser nuevos valores que, transformados, son transmitidos a las generaciones venideras como herencia. En este proceso de evolución o involución cultural, el tiempo y las conexiones se convierten en unos elementos determinantes, pues van a definir el grado y la intensidad de interacciones entre los distintos miembros de un grupo humano, lo que puede implicar que paulatinamente se vaya produciendo un proceso de agregación de algunos elementos o pérdida de otros, a través de los cuales se formula la evolución cultural. La cultura es así “algo vivo, compuesto tanto por elementos heredados del pasado como por influencias exteriores adoptadas y novedades inventadas localmente. La cultura tiene funciones sociales. Una de ellas es proporcionar una estimación de sí mismo, condición indispensable para cualquier desarrollo, sea este personal o colectivo” (Verhelst, 1994: 42)

El contacto más intenso entre diversas identidades culturales genera procesos de hibridación cultural. Estos han sido entendidos de diversas formas, entre ellas aquella que se ha definido como aculturación. “La aculturación comprende aquellos fenómenos que resultan cuando grupos de individuos que tienen diferentes culturas entran en contacto continuo de primera mano, con cambios subsecuentes en los patrones culturales originales de uno o ambos grupos”. (Redfield, Linton y Herskovits, 1936: 149). En este proceso de cambio una cultura jerárquicamente más fuerte y dominante ejerce una mayor presión e incide directamente en un espacio cultural más pequeño, minoritario y frágil, propiciando una pérdida de las segundas a medida que asumen los rasgos destacados de la primera. “La aculturación es el más importante de los procesos involucrados en el cambio cultural (...). Es un fenómeno muy complejo. Las dimensiones tales como el tamaño de las poblaciones que entran en contacto, quien domina y quien es dominado, la adaptabilidad y la flexibilidad que presentan las culturas implicadas, el número y el tipo de conductas e ideas compatibles y comprensibles que un pueblo presenta a otro, todas estas cosas constituyen aspectos importantes que es preciso tomar en cuenta en el estudio del contacto cultural o articulación”. (Beals, 1971:300- 301)

Estas hibridaciones culturales también han sido definidos a través procesos más equitativos de intercambio cultural, conceptualizado a través del modelo de “transculturación” (Ortiz, 1983: 29). La

“transculturación es un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente. Para describir tal proceso, el vocablo de raíces latinas transculturación proporciona un término que no contiene la implicación de una cierta cultura hacia la cual tiene que tender la otra, sino una transición entre dos culturas, ambas activas, ambas contribuyentes con sendos aportes, y ambas cooperantes al advenimiento de una nueva realidad de civilización” (Malinowski, 1983: 12). El proceso de transculturación implica por tanto el desarrollo de un nuevo entorno cultural para ambas partes como consecuencia de un intercambio mutuo de elementos.

Transculturación y aculturación son procesos diferentes. El primero permite explicar las dinámicas que tienen lugar en el encuentro entre dos entes culturales, sin otorgar a ninguno de ellos un papel de cultura dominante. Sin embargo, la aculturación presenta matices diferenciados, pues quiere significar el “proceso de tránsito de una cultura a otra y sus repercusiones sociales de todo género” (Ortiz, 1983: 91). Mientras que la transculturación permite “caracterizar con mayor acierto procesos de recíproca aportación entre dos culturas, ambas activas y que contribuyen al advenimiento de una nueva realidad” (Weinberg, 2002: 36).

2.5 La preservación de la cultura popular.

Preservar y conservar el pasado no implica exclusivamente tener presente a los grandes espacios monumentales y a los bienes patrimoniales de primer orden, pues más allá del patrimonio ampliamente reconocido existe todo un elenco de pequeñas manifestaciones culturales que conforman la identidad de los pueblos. Objetos e instrumentos cotidianos, espacios culturales, y también todo el elenco de usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas que conforman un patrimonio inmaterial que se transmite de generación en generación como una manifestación viva de la cultura comunitaria. Este tipo de patrimonio, por sus particulares características, es vulnerable, de ahí la importancia otorgar valor a las manifestaciones materiales de la cultura popular y a la memoria social colectiva.

Los cambios tan grandes que se han vivido en las últimas décadas han evidenciado, de una manera más directa, cómo diversas particularidades culturales, sobre todo aquellas vinculadas a los modos de vida o costumbres populares más próximas en el tiempo, se han diluido en una cultura más global o han sido dejadas de lado como consecuencia del propio desarrollo normal de una sociedad que evoluciona y que asume preferentemente los preceptos, actividades y modos de vida de una realidad contemporánea. Basta con una simple entrevista a adolescentes y jóvenes para comprobar el creciente distanciamiento cultural intergeneracional. Hay innumerables elementos que ya no son comunes, es decir, que no se están transmitiendo y, por consiguiente, las nuevas generaciones los ignoran por completo. Ese es el síntoma más evidente de lo que puede ocurrir a

corto plazo, pues aquellos elementos vinculados a una cultura cotidiana y popular que ya no se transmite de padres/madres a hijos/hijas pueden encontrarse en riesgo de extinción. Este problema se agudiza en el mundo rural, ahí la situación es más preocupante porque la tendencia al despoblamiento de amplias zonas puede acabar haciendo que lo que desaparezca no sea tal o cual tradición, sino también las propias comunidades y con ellas todo su legado. Algunas tradiciones, festividades, indumentarias, costumbres, ritos o elementos del folklore popular, que han marcado durante generaciones la identidad de un pueblo, han caído en desuso o incluso se han perdido. Otras han quedado relegadas a jugar un papel meramente testimonial, como elemento turístico o de exhibición, pero alejado ya de un uso o reconocimiento real en la comunidad, dejando de ser así un patrimonio vivo.

El rol que juega el desarrollo de las TIC se ha evaluado en diferentes ocasiones como un elemento que de manera directa ha repercutido en este proceso. En la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial del año 2003 se recoge que “los procesos de mundialización y de transformación social por un lado crean las condiciones propicias para un diálogo renovado entre las comunidades, pero por el otro también traen consigo, al igual que los fenómenos de intolerancia, graves riesgos de deterioro, desaparición y destrucción del patrimonio cultural inmaterial, debido en particular a la falta de recursos para salvaguardarlo”.

Y ciertamente, la tecnología ha aumentado exponencialmente las posibilidades de intercambio cultural, lo que ha dado lugar a que los procesos de hibridación sean hoy visiblemente más notables, más masivos y más rápidos en su desarrollo. El intercambio cultural y el desarrollo de las TIC no implican, sin embargo, una pérdida de identidad cultural por sí mismo. Su repercusión no destruye, sino más bien acelera los procesos de intercambio habituales en una cultura viva. Aunque, como un factor más, puede contribuir a la desaparición de ciertos elementos culturales sumado a otras causas, como el envejecimiento de la población de un determinado grupo humano, la despoblación de un territorio o la asunción de determinados elementos que facilitan el modo de vida y que en consecuencia implican el abandono de los hasta el momento usados.

Llegados a este punto, cabe preguntarse si merece la pena esforzarse por mantener vivo ese mundo o si, por el contrario, es preferible dejar que los acontecimientos sigan su curso. Esta concepción puede parecer fatalmente imparable, cuando realmente no es así. Actualmente se podría entender que vivimos un proceso de transculturación globalizada, en la que culturas de todo el mundo pueden compartir unos referentes similares a través de los puntos de encuentro y difusión que las TIC ayudan a extender con mayor velocidad. En muchos ámbitos este proceso tiende a describirse en función de lo que se consideraría como aculturación, y ciertamente resulta innegable el influjo actual de una cultura hegemónica, vinculada a países política y económicamente dominantes, y su capacidad para extender sus principales manifestaciones a prácticamente todos los puntos del

globo. Pero los procesos que se generan son complejos y, a pesar de las desigualdades, una observación detallada nos permite comprobar que existen matices que van más allá de una mera colonización cultural de un ente dominante.

Ante el fenómeno de la globalización, desde el espacio local se han producido movimientos de reacción o, incluso, de abierta rebeldía. Las culturas minoritarias también han encontrado su hueco y su canal de expansión en este entorno digital. Esto está generando una puesta en valor de los propios elementos identitarios que, por sus características y singularidades, se convierten igualmente en objetos de interés que, a su vez, pueden también quedar reflejados en otras culturas con mayor peso y extensión. A modo de ejemplo, mucho de los movimientos asociados a un modo de vida entendido como “*slow life*” hacen referencia a una recuperación de las raíces, y de un estilo de vida más calmado y próximo a la naturaleza y a los ambientes rurales. Estas corrientes están poniendo en valor elementos de la cultura popular (autocultivo, gastronomía tradicional, artesanías, etc.) como una vía de sostenibilidad que se está extendiendo y calando, incluso en espacios geográficos urbanos y alejados de estas realidades, gracias a su difusión en Internet y en redes sociales. Por tanto, el intercambio de elementos se puede producir en un doble sentido, generando como resultado una fusión y una asimilación compartida. Esto está dando lugar a que rasgos identitarios de una determinada cultura, que en otras podrían resultar totalmente ajenos, estén siendo adoptados, reinterpretados y asumidos.

2.5.1 Medios para la preservación de la cultura popular

La preservación de la cultura popular no implica en absoluto una defensa de lo tradicional por un sentimiento de añoranza del pasado o de rechazo a la evolución lógica de la sociedad. De igual modo, esta cultura no debe entenderse como un espacio único y homogéneo, anclado en el pasado y alejado totalmente de la modernidad. Aunque en el imaginario colectivo se tiende a entender el ámbito rural como un entorno cerrado, aferrado a la tradición y resistente al cambio, la realidad es que la cultura de las pequeñas comunidades es también dinámica en su desarrollo y vinculada a una globalidad, pues uno y otro aspecto, lo global y lo local, se entrecruzan e influyen entre sí. Mayor Zaragoza, en la presentación del Anuario para el rescate para la tradición oral de América Latina y el Caribe afirmaba “el dilema fundamental que todas las naciones del planeta, con diferencias de grado, afrontan actualmente es el de la necesidad de preservar el pasado sin dejar de construir el futuro, de conciliar el desarrollo con la cultura”. De este modo, hablar de preservar la cultura local no es un anclaje inmovilista y artificial del pasado, es sobre todo un planteamiento de futuro, y hacia un futuro mejor.

Actualmente una de las principales problemáticas a la que se enfrenta la cultura popular es la pérdida de población de las comunidades rurales. Si gran parte del mundo rural se sigue

despoblando y se continúa incrementando el flujo hacia determinadas zonas urbanas, al final habrá un gran desequilibrio poblacional de consecuencias impredecibles, pero que se pueden vislumbrar en cierta medida: grandes concentraciones humanas en macrociudades, difícilmente gestionables, frente a pequeños núcleos en extinción, con numerosos pueblos y aldeas abandonados en sentido estricto. Un campo vacío solo puede conducir a una progresiva disminución de la producción agrícola, ganadera y agroindustrial y a un importante deterioro medioambiental, con lo que ello supone en pérdida de empleo, aumento de la dependencia exterior e inseguridad alimentaria. Un modelo de desarrollo que se base en esos parámetros no es sostenible, por lo que el mundo rural debe seguir siendo un espacio vivo. Para ello es imprescindible que tenga lugar el lógico relevo generacional, algo que actualmente no está ocurriendo en muchos lugares. De ahí que en primer lugar para la preservación de la cultura local sea de vital importancia fijar la población, en especial a los más jóvenes, en el territorio y para ello se precisan acciones concretas encaminadas a mantener las características esenciales del mundo rural, sin renunciar por ello en absoluto a los avances científicos y tecnológicos propios de la época en que vivimos.

Mantener la población en el ámbito rural implica que debe existir un nivel de prestación de servicios y unas posibilidades de creación de empleo y de desarrollo bastante similares a las del ámbito urbano. De ese modo es posible tener una muy buena calidad de vida en contacto con la naturaleza, sin renunciar a las posibilidades de realización personal existentes en el ámbito urbano ni al amplio abanico de iniciativas que se pueden emprender mediante las tecnologías de la comunicación.

Para este propósito, identidad cultural y el patrimonio rural, material e inmaterial, pueden ser elementos que ayuden igualmente a fijar la población al territorio, pues ofrecen oportunidades a través del turismo. El turismo puede constituir una fuente de desarrollo sostenible y en los últimos años las estancias en zonas rurales han experimentado un gran crecimiento, habiéndose dado un gran aumento tanto en la demanda como en la oferta existente. El turismo sostenible es un proceso de trabajo continuo que requiere de la concienciación de todos los sectores implicados para no superar la capacidad de carga de la localidad, lo que a la larga influiría en un descenso del rendimiento al reducir la calidad de la visita.

Sin embargo, no se debe pensar ingenuamente que actuaciones de este tipo garantizarían la preservación del patrimonio cultural local en su integridad. Hay cosas que se van a perder indefectiblemente por el propio avance de la sociedad, que añade a su estilo de vida nuevas opciones que le aportan mayor desarrollo o facilidades y, en consecuencia, traen consigo el abandono de formas populares con la posible pérdida de los elementos de identidad cultura a ellas asociadas. A modo de ejemplo, la mecanización del campo para las labores agrícolas permite un mayor rendimiento, siendo por tanto una evolución lógica en el desarrollo de una sociedad. Pero ello implica que caigan en desuso técnicas, medios y utensilios de la agricultura tradicional. Estos

avances no solo son inevitables, sino también óptimos y adecuados, pues pretender anclar el medio rural a unos parámetros del pasado sería algo artificial y totalmente contraproducente. Según Stocking cada sociedad tiene las formas culturales que les resultan adecuadas para cubrir sus necesidades y expectativas (1989). Por lo que conservar la cultura popular no significa en muchas ocasiones una salvaguardia directa de los elementos que la componen, pues se trata un elemento vivo y por tanto en transformación y eso implicaría promover unos usos artificiales de la misma. En el caso de que ciertas manifestaciones caigan en desuso o evolucionen, la conservación implica la documentación de esas tradiciones y esos modos de vida (preferentemente antes de su desaparición o transformación), de forma que queden registrados tanto los testimonios vivos como las manifestaciones del pasado.

Por otra parte, no se debe perder de vista que hay igualmente otros muchos elementos que tienen cabida en la vida actual y futura y que incluso son, una vez valorados adecuadamente, verdaderos puntos de referencia de una oferta turístico-cultural que contribuya a la sostenibilidad del mundo rural.

2.5.2 Elementos a preservar

La cultura material e inmaterial de las comunidades locales está conformada por un amplio abanico de elementos que dan identidad al conjunto de la sociedad. Entre ellos se encuentran los objetos relacionados con los modos de vida de una comunidad o territorio; los conocimientos tradicionales, los procesos y las técnicas; las creencias y el mundo ritual; el habla y las particularidades lingüísticas; la memoria oral; los juegos y deportes tradicionales; la música y danzas populares o la gastronomía. A modo de ejemplo del amplio legado que implica, se desarrollarán alguna de estas facetas.

2.5.2.1 El habla

Entre todos los elementos que normalmente se toman en consideración cuando se estudia la cultura local quizá sea el habla, junto con la música tradicional, uno de los que más curiosidad han suscitado. En consecuencia, son muy numerosas las monografías que tratan de describir los rasgos característicos de las hablas locales de núcleos rurales. En la amplia bibliografía existente sobre este tema hay que distinguir dos categorías de muy distinto valor. Por una parte, están los trabajos llevados a cabo por lingüistas con rigor científico y, por otra, los que han sido realizados por aficionados, cargados de buena voluntad, pero con escasos conocimientos lingüísticos, razón por la cual acostumbran a contener deficiencias técnicas y errores de interpretación, además de carecer de una adecuada metodología de investigación. A pesar de todo, tienen un cierto interés, porque en general recogen algunas informaciones útiles de lugares remotos, que de otro modo habrían

quedado en el más completo olvido. Pero los datos y conclusiones así obtenidos han de tomarse siempre con las debidas cautelas.

En el estudio de las hablas locales algo que hay que tener muy claro es que, como afirma Eugenio Coseriu (1978: 111), “el cambiar es inherente al modo de existir de la lengua”. Los lingüistas acostumbran a clasificar las variaciones y cambios que tienen lugar en las lenguas en diferentes apartados, diatópicos, diacrónicos, diastráticos y diafásicos, según los factores de carácter geográfico, histórico, social o situacional que se tomen en consideración en cada caso. A los efectos de este trabajo son de especial interés las variaciones existentes entre distintas localidades y, dentro de cada una de ellas, las que corresponden al estrato social popular, es decir, el más alejado de la influencia académica. Es importante tener en cuenta que, mientras las zonas urbanas y las clases dominantes económica y culturalmente tienden a ser innovadoras y a marcar la pauta de la consolidación de los cambios lingüísticos, las zonas rurales y las clases populares normalmente son más reacias a la evolución y mantienen por más tiempo las formas tradicionales. Es precisamente en el ámbito rural donde se encuentran con más frecuencia los arcaísmos, esto es, las voces y expresiones propias del pasado, que sobreviven en el habla local cuando han caído ya en desuso en la lengua general.

En la evolución de las lenguas es fundamental tener en cuenta el habla popular. Es sobradamente conocido que de la evolución que tuvo el latín, entre los siglos V y XII, en los diversos territorios que formaron parte del Imperio romano dio lugar a las actuales lenguas románicas o neolatinas. Pero cometeríamos un grave error metodológico si pretendiéramos inútilmente buscar en el latín clásico o literario los cambios que dieron lugar en un amplio período de tiempo a una diferenciación cada vez mayor y a la transformación del latín en otras lenguas: español, gallego-portugués, catalán, francés, provenzal, italiano, sardo, rumano, retorromance y dalmático (este último desaparecido a finales del siglo XIX. Sería una pérdida de tiempo, puesto que el latín literario quedó casi *petrificado* en los textos escritos y apenas sufrió cambios. No es de ahí de donde proceden las lenguas romances, sino del llamado latín vulgar, o sea, del latín que hablaban las gentes del pueblo cotidianamente, que estuvo, por supuesto, sujeto a la variación y al cambio continuos, de tal manera que paulatinamente lo que era latín acabó siendo otra lengua y ya no había posibilidad de entenderse por ejemplo entre quienes se expresaban en la lengua culta y quienes lo hacían en romance. Se había consumado un largo proceso.

Este es una prueba evidente de que la cultura oficial y la popular, como queda dicho, pueden coexistir en un mismo lugar durante siglos y discurrir por vías separadas en una especie de paralelismo imperfecto, de manera que es posible que tengan algún esporádico punto de confluencia y también que diverjan hasta alejarse casi por completo, como ocurrió en el caso del latín y las lenguas que de él surgieron. Curiosamente, con posterioridad se produjo la confluencia, cuando los clérigos, que seguían hablando latín y veían que el pueblo ya no los entendía, comprendieron que tenían que acogerse al habla popular. Lo mismo acabó ocurriendo en relación

con los documentos oficiales. Un ejemplo de que la cultura popular y la oficial siguen caminos distintos y evolucionan de manera diferente lo tenemos en los llamados *dobletes*. Se trata de palabras que proceden de un mismo étimo latino, pero han llegado al español una por vía culta y otra por vía popular. Las primeras reciben el nombre de cultismos o semicultismos (con frecuencia introducidas por algún escritor) y las segundas son las que se califican como patrimoniales. Estas están más evolucionadas, porque han ido cambiando con el tiempo en boca de los hablantes. Torrens Álvarez (2007: 150-154) selecciona una variada serie de dobletes. El contenido de la siguiente tabla ejemplifica perfectamente la distancia existente entre cultura oficial y cultura popular, que son diferentes en su evolución, formas y contenidos, pero al mismo tiempo complementarias, en el sentido de que no es posible tener una visión plena de una sociedad en una determinada época sin tomar en consideración lo popular. Lo que este ejemplo lingüístico pone de manifiesto se puede considerar aplicable a los demás aspectos de la cultura.

AREA	área	era
*AUCTORICARE (vulg.)	autorizar	otorgar
AUSCULTARE	auscultar	escuchar
BESTIA	bestia	bicha
CAPITALIS	capital	cuadal
CAPITULU	capitulo	cabildo
CATHEDRA	cátedra	cadera
CLAVE	clave	llave
CLAVICULA	clavícula	clavija
COLLECTA	colecta	cosecha
CONCILIU	concilio	concejo
CUBITU	cúbito	codo
CURSU	curso	coso
DEBITU	débito	deudo
DECIMU	décimo	diezmo
DIGITU	dígito	dedo
DIRECTU	directo	derecho
FABRICA	fábrica	fragua
FABULA	fábula	habla
FERVORE	fervor	hervor
FORMA	forma	horma
FUNDU	fondo	hondo

INFLARE	inflar	hinchar
HOSPITALIS	hospital	hostal
INTEGRU	íntegro	entero
LOCALIS	local	lugar
LUMINARIA	luminaria	lumbre
MACULA	mácula	mancha
MATERIA	materia	madera
MOBILIS	móvil	mueble
PARABOLA	parábola	palabra
PENSARE	pensar	pesar
PLAGA	plaga	llaga
RADIU	radio	rayo
RATIONE	ración	razón
RECITARE	recitar	rezar
REGULA	regla	reja
SAECULARIS	secular	seglar
SIGNU / SIGNA (pl.)	signo	seña
TITULARE	titular	tildar

Son muchos los factores que afectan al cambio lingüístico e influyen en el mismo, ya sea favoreciendo o retrasando e incluso impidiendo, su desarrollo. Uno de ellos, de especial relevancia, es el hecho de que deje de utilizarse un objeto, lo que conlleva a veces la desaparición o readaptación semántica de la voz que lo designa. En este sentido destacan por su valor no solo lingüístico sino también antropológico y etnográfico el movimiento denominado *Wörter und Sachen* (*Palabras y cosas*), surgido a principios del siglo XX, que pone especial énfasis en el conocimiento de las cosas que designan las palabras y “se propone como finalidad llevar al primer plano en la vida del lenguaje el aspecto semántico mediante el estudio profundo de las cosas” (Vidos, 1973: 58). Posteriormente ha habido no pocos estudios lingüísticos siguiendo ese mismo método. Igualmente, los atlas lingüísticos elaborados en diferentes países tienen un componente etnográfico muy importante, por lo que son extraordinariamente útiles para el estudio de la cultura popular local, no solo por lo que se refiere a la lengua como parte integrante de la misma, sino también y muy destacadamente por la valiosa información etnográfica que aportan.

Tras la publicación entre 1902 y 1910 del *Atlas Linguistique de la France*, obra de Jules Gilliéron y Edmon Edmont, y siguiendo su estela se elaboraron otros atlas en diferentes dominios lingüísticos.

En España el primero fue el *Atlas Lingüístico de Cataluña*, realizado por Antoni Griera y Gaja, que se comenzó a publicar en 1923. Posteriormente, en 1931, se iniciaron los trabajos de elaboración del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*, obra promovida por Ramón Menéndez Pidal y dirigida por Tomás Navarro Tomás. La guerra civil interrumpió la tarea, que no se reanudó hasta 1947 y solo se llegó a publicar, en 1962, un único tomo. El CSIC, depositario de los materiales recogidos por los encuestadores, está preparando la publicación definitiva en formato digital del *Atlas*, pero ya está disponible en internet parte de esa información. A continuación vinieron los atlas regionales impulsados por Manuel Alvar. El primero de ellos fue el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía (ALEA)*, publicado entre 1961 y 1973. Después vieron la luz el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias (ALEIcan)*, entre 1975 y 1978, el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja (ALEANR)*, de 1978 a 1983, y el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Cantabria (ALECant)*, en 1995. En 2003 Pilar García Mouton y Francisco Moreno Fernández publicaron el *Atlas Lingüístico y etnográfico de Castilla- La Mancha (ALeCMan)*. En la América hispanohablante se han publicado también Atlas similares, aunque falta todavía mucho trabajo por hacer en este sentido.

A fin de que se pueda apreciar aproximadamente el gran valor que encierran los atlas desde el punto de vista antropológico y etnográfico, además del estrictamente lingüístico, se recoge a continuación, a título de ejemplo, un resumen del contenido del *ALEA*, ya que además sirve como recopilatorio de elementos de cultura popular a tener presentes como elementos de estudio y documentación.

TOMO I.

- El campo y sus cultivos
- Yugo
- Arado
- Carro
- Aparejo para las bestias de carga
- Otros procedimientos de transporte
- Vid y vinificación
- Olivo y oleicultura
- Molinos de harina y panificación
- Carboneo
- El corcho y su elaboración

TOMO II

Vegetales

- Plantas silvestres, flores, arbustos
- Hortalizas
- Árboles frutales
- El bosque

Animales silvestres

- Insectos y otros animalillos
- Reptiles
- Pájaros y aves pequeñas
- Aves de rapiña

- El murciélago y otros mamíferos pequeños. La sanguijuela.
- Batracios

- Alimañas y otros animales monteses

- Caza

Ganadería

- Generalidades
- Ganado vacuno
- Ganado lanar
- Ganado cabrío

Industrias pecuarias

- La leche y el queso
- El cerdo y la matanza

Animales domésticos

- Ganado equino
- El perro y el gato
- Aves de corral

Apicultura

TOMO III

- La vivienda y su estructura
- El dormitorio y su mobiliario
- El fuego
- La cocina
- Áreas de vasijas
- Mesa y comidas
- Faenas domésticas
- Útiles para encender el cigarro

- La alimentación andaluza según los materiales del *ALEA*

TOMO IV

El tiempo

- Días, meses y estaciones
- Vientos
- Aspectos del cielo
- Cuerpos celestes
- Fenómenos atmosféricos

Topografía y naturaleza del terreno

- Poblados y caminos
- Accidentes topográficos
- Naturaleza del terreno. Aguas estancadas. Procedimientos de extraer el agua

Oficios

- Generalidades
- Carpintería
- Albañilería
- Alfarería
- Herrería
- Trabajo comunal
- Hilado y tejido

El mar

- Generalidades
- La navegación
- Las embarcaciones y sus partes
- Velas y cabos

- La pesca, los aparejos y las redes
- Peces
- Moluscos y crustáceos
- Otra fauna marina
- Algas
- Aves marinas

TOMO V

El cuerpo humano y enfermedades

- La piel y sus afecciones
- La cabeza
- El pelo
- El ojo
- La nariz y el enfriamiento
- Cara, boca, faringe y cuello
- Cavidad torácica y movimientos respiratorios
- Movimientos peristálticos
- Tronco y vísceras
- Extremidades
- Características externas y defectos físicos
- Lesiones y enfermedades

De la cuna a la sepultura. La familia

- Noviazgo
- Esponsales, boda y vida matrimonial

- Gestación, nacimiento, bautizo y crianza
- El niño y el adolescente
- Relaciones de parentesco
- La muerte

Creencias populares y supersticiones

La vestimenta

- Vestido y adornos de la mujer
- Prendas masculinas
- Prendas de cabeza. Pañuelo
- Calzado

Juegos y diversiones

- Juegos infantiles
- Accidentes del juego
- Diversiones y otras actividades lúdicas
- Bailes

La religión

La condición humana

TOMO VI

Contenido lingüístico distribuido en tres grandes apartados

- Fonética y fonología
- Morfología
- Sintaxis y fraseología

Es, como se ve, un sumario muy completo, aunque aquí se presenta abreviado, que abarca prácticamente la totalidad de los aspectos de la vida en el mundo rural. Es una buena fuente de información para conocer la cultura popular de diversas localidades distribuidas en un ámbito territorial más o menos extenso, según los casos. Es preciso, sin embargo, no perder de vista que la información que se refleja en los atlas no tiene la pretensión de ser exhaustiva ni mucho menos. Los temas tratados no son en modo alguno monografías, sino explicaciones en general breves, a veces acompañadas de fotos o dibujos, con la finalidad de describir objetos o definir conceptos, según la percepción que de ellos tienen los informantes locales, seleccionados siempre entre personas oriundas del lugar, plenamente integradas en la vida cotidiana, poco *contaminadas* por influjos exteriores y muy representativas de la cultura popular. De ahí se deduce la gran fiabilidad de los datos obtenidos por este procedimiento, que básicamente consiste en la aplicación de un cuestionario que contiene preguntas relativas a todos los temas, que han de responder los informantes.

En monografías dialectales de hablas locales es frecuente que incluyan en mayor o menor medida información de carácter específicamente etnográfico. A esto hay que añadir que a partir de los años sesenta del pasado siglo se ha venido desarrollando la llamada etnografía de la comunicación, como una disciplina que profundiza en los aspectos culturales populares de los estudios lingüísticos y puede aportar conclusiones de interés en este campo.

Los estudios de carácter sociolingüístico, que tienen en cuenta factores tales como edad, sexo, nivel cultural, profesión, ingresos o, en su caso, etnia constituyen también un enfoque novedoso del siglo XX, cuyos objetivos son, según López Morales (2004: 23-24), “descubrir los motivos que impulsan al hablante (y a su grupo) a escoger una variante específica de entre varias alternativas, y si alguno de aquellos es de carácter social, geográfico o etnográfico; también las razones lingüísticas y, sobre todo, extralingüísticas, que motivan e impulsan el cambio idiomático”. Por su parte, Moreno Fernández (2009: 22) se pregunta “¿qué variantes lingüísticas caracterizan a unos grupos sociales y a otros?” y argumenta que “la sociolingüística se preocupa de estos asuntos porque los factores sociales también pueden determinar y explicar la variación”. Efectivamente, los trabajos sociolingüísticos dan cuenta de las diferencias existentes entre estratos sociales distintos, que con frecuencia vienen a coincidir con las variantes propias de la cultura popular y las de la cultura oficial. Estos estudios tienen, pues, bastante utilidad para conocer mejor ambas corrientes y para valorar en sus justos términos la aportación de cada una de ellas al conjunto de la realidad cultural de una sociedad. Sin la confluencia y la aportación en los estudios de las dos, es materialmente imposible tener esa visión global, completa, del objeto de estudio, que quedará indefectiblemente falto de una de sus ramas, tan importante al menos como la otra.

2.5.2.2 Memoria oral

Por memoria oral se entiende todo lo que una persona recuerda o es capaz de recordar ante el estímulo oportuno. Se compone de una mezcla de tradiciones adquiridas, experiencias personales

e imperativos sociales. Los componentes de la memoria oral se transmiten desde la primera infancia, marcando una forma de ver y entender el mundo, y conectando lo inmaterial con lo material y cotidiano. Tradicionalmente la historia escrita ha tenido un mayor valor y peso, relegándose a un segundo plano la tradición oral. Pero las fuentes orales albergan todo un legado de conocimientos y saberes de contrastado interés. La memoria individual suele responder a la memoria colectiva de la época, de ahí su importancia a la hora de recrear la historia, la cultura o las costumbres de un momento social y espacial concreto.

Es este seguramente el sector de la cultura popular más vulnerable de todos, el más expuesto al olvido por su propia naturaleza, sobre todo las parcelas vinculadas al ámbito femenino o del hogar, consideradas totalmente secundarias incluso dentro de la propia cultura popular.

La transmisión oral es sin duda la más tradicional y generalizada a lo largo de la historia, pero también la que tiene un carácter más efímero, pues depende de la memoria de los oyentes. Es cierto que en muchos casos las historias, leyendas, dichos, refranes, chascarrillos, chistes, anécdotas o sucesos notorios, se han transmitido así durante siglos y han perdurado en la memoria colectiva, normalmente con numerosas variantes. También es verdad que gracias a esa vía ha llegado hasta nuestros días la voz de los antepasados, finalmente recogida y preservada en bastantes casos en grabaciones o trasladadas a textos escritos. Pero no debemos perder de vista que lo que hasta ahora se ha recolectado en este campo no es sino una ínfima parte de lo que el saber popular ha producido a lo largo de la historia. Y no puede extrañarnos que eso sea así, teniendo en cuenta que la recopilación siempre ha sido fragmentaria, gracias a iniciativas o proyectos individuales, pues nunca ha existido una acción sistemática en ese sentido, promovida desde el mundo académico o desde cualquier otro ámbito público o privado.

En una época como la que vivimos, con un desarrollo tecnológico al alcance de una gran mayoría y con más facilidades que nunca para llevar a cabo esa tarea, paradójicamente el riesgo de pérdida de información probablemente sea mayor si no se actúa de manera coordinada y eficaz para rescatar lo que está en riesgo de desaparición. Precisamente ahora la vorágine de los acontecimientos, la saturación informativa, la aceleración de la historia que estamos viviendo hace que cualquier noticia queda obsoleta enseguida, superada por otras que surgen de inmediato. Luego todo es más efímero que nunca y pierde interés rápidamente. En ese contexto también se devalúa con facilidad lo que viene de la tradición en desuso y que responde a esquemas mentales de otra época, muchos de ellos ya no aplicables al momento actual.

Otro inconveniente deriva de los cambios de costumbres y hábitos en el propio ámbito familiar. Hace años era bastante frecuente ocupar parte del tiempo de ocio en escuchar las historias que contaban las personas mayores y que así iban pasando a las generaciones siguientes. Esa vía de transmisión prácticamente ha desaparecido, pues hoy los jóvenes encuentran otras formas más atractivas de pasar su tiempo libre.

Dentro de la memoria oral conviene hacer un apartado específico dedicado a la literatura popular. Se incluye en este concepto tanto la poesía, como a los cuentos y otros relatos en prosa que durante generaciones estuvieron circulando solo por vía oral, a veces sin llegar nunca a convertirse en un texto escrito, dado que en la mayoría de los casos eran analfabetos tanto el poeta como quienes escuchaban sus versos, los memorizaban y transmitían. En ocasiones alguien los escribía y de ese modo han llegado hasta nosotros algunas composiciones, con frecuencia fragmentarias, en versiones diferentes, con irregularidades métricas y cuya responsabilidad no se sabe si atribuirla al autor o al transmisor, pues incluso se pueden encontrar “correcciones” pseudocultas del escribiente de turno.

Pero se puede afirmar con seguridad que lo que se ha conservado no es sino una parte mínima de la producción poética popular y al haberse roto la cadena de transmisión oral, el riesgo de que ese amplio material caiga en el olvido es hoy mayor, por lo que urge recoger en grabaciones o por escrito lo que aún pervive en la memoria de los mayores. Actualmente ya se documentan no pocas iniciativas locales de compilación de esa literatura de tradición oral, lo cual es sin duda meritorio, pero aún insuficiente debido al escaso valor atribuido a este legado. Destaca la obra de Aguilar Piñal (1972), que recopila una amplia bibliografía sobre romances. También Aurelio M. Espinosa (1965) recoge una colección de cuentos populares, y Laguna González y Belmonte García (1996), con una recopilación de romances de la comarca de Baza. Casas Delgado (2012) analiza el fenómeno de la considerada *subliteratura o literatura marginada*, que se recitaba en las plazas públicas por ciegos cantores o buhoneros, y muy del gusto de un público popular. López Valledor (1999) recopila cuentos y poemas de tradición oral de una zona del occidente de Asturias de clara influencia lingüística gallega. La bibliografía sobre literatura popular de tradición oral es así bastante extensa, pero no representa más que una mínima parte del total.

La recuperación de la memoria oral es tarea urgente que se debe llevar a cabo por investigadores que conozcan bien las técnicas adecuadas al caso y sepan discernir y valorar la información recogida en entrevistas con protagonistas o testigos de los hechos que se detallan. Es importante saber las grandes posibilidades que ofrece este método de investigación y también sus limitaciones, a fin de que no se tergiverse la verdad histórica. Alía Miranda (2016: 216) lo explica así: “La fuente oral es subjetiva, quien recuerda lo hace desde una perspectiva personal. El historiador es quien tiene que ayudar indirectamente al testigo para que trascienda su experiencia personal y la articule en el contexto de su época y en el marco de su grupo social”.

La conclusión es que se hace precisa una acción decidida y sistemática de recogida de ese patrimonio oral para que no se pierda y siga navegando por el río de la historia. Cumpliremos así la función de ser eslabones de una cadena que no debería romperse.

2.5.2.3 Gastronomía

La gastronomía, entendida en un sentido amplio como alimentación humana, pasada por la cocina, o, tal y como se recoge en el diccionario, “el arte de preparar una buena comida”, es un inmenso mundo, con infinidad de preparados diferentes y con múltiples variantes, cuyo estudio, tanto considerado en sí mismo como en relación con el entorno natural, cultural y socioeconómico en que se produce, proporcionaría materia más que suficiente para una enciclopedia temática.

Es sobradamente conocido que la cocina tradicional se ha mantenido viva sin mayores dificultades porque el modo de transmisión ha sido muy eficaz. El arte culinario ha pasado de generación en generación durante siglos, traspasando las fronteras de su tiempo sin que se haya producido prácticamente interrupción alguna. Así, muchas recetas ancestrales han llegado a la época actual como fruto de su uso cotidiano, haciendo que la gastronomía popular sea una de las representaciones de la cultura tradicional más vivas en la memoria y más activas.

La repostería tradicional tiene un espacio con personalidad propia dentro de este ámbito. A pesar del paso de los años la repostería se ha mantenido de manera auténtica, fiel y genuina a unos valores de antaño que se han transmitido intergeneracionalmente con notable éxito. Su vinculación a determinadas tradiciones y al ciclo estacional y festivo, han facilitado su pervivencia y el interés de la ciudadanía por ellas. Los datos históricos que se manejan sobre el particular ponen de manifiesto que la mayor parte de los preparados dulces tradicionales se siguen elaborando tal como se hacía siglos atrás. Las recetas no han cambiado apenas en cientos de años, y eso, en cierto modo, nos transporta al pasado, en tanto que nos permite acceder a los aromas y sabores que percibieron también tal cual quienes nos antecedieron.

En la repostería actual conviven además armónicamente los productos más tradicionales con las técnicas más atrevidas innovaciones, frutos estas últimas de la innovación o de la hibridación. Esta confluencia de tradición y modernidad es sumamente interesante, pues muestra un proceso de evolución propio de una cultura viva, pero sin que ello suponga un demérito de las artes populares, ejemplificando así un modelo singular que no se observa con tal viveza en otras manifestaciones de la cultura tradicional.

A primera vista podría parecer, por tanto, que este es el aspecto de la cultura local de más fácil preservación, ya que la práctica cotidiana la garantiza ya de por sí y, en consecuencia, no hay un riesgo tan inminente de pérdida o desaparición. Además, en los últimos tiempos han proliferado las publicaciones sobre el tema hasta el punto de que se podría llegar a pensar que está todo perfectamente documentado y en pleno uso, por lo que no hay peligro de cara al futuro de este sector. Pero es conveniente matizar este panorama. Por un lado, la pervivencia de la cocina tradicional no implica estrictamente que todo el saber se haya mantenido tal como se hacía tiempo atrás, pues ha habido innovación y también abandono de algunas prácticas como consecuencia de ser un patrimonio vivo. Además, los modos de vida actuales determinan actitudes y

comportamientos muy diferentes a los de épocas precedentes, con nuevos cauces para la transmisión del saber más globalizados y que cobran más peso que la tradicional transmisión directa en el núcleo familiar. Es razonable, por tanto, pensar que al menos los procedimientos de elaboración van a seguir cambiando y, en consecuencia, pueden ir cayendo en el olvido los que se han venido practicando durante muchas generaciones.

Por otro lado, existen numerosas publicaciones sobre este ámbito, pero en su mayoría se limitan a dar recetas de distintos preparados culinarios, siendo así su valor etnográfico más limitado. Estos recetarios suelen además centrarse en la parte práctica, sin tener presentes otros elementos relacionados con el tema, que son del mayor interés en cuanto a la preservación del patrimonio. Es cierto que hay también obras de más valor etnográfico, pero minoritarias. Citemos a título de ejemplo a Capel y otros (1982), Rollán Méndez y Sastre Zarzuela (2003) y Cabrera de la Torre (2003). Sin embargo, aunque queda mucho por recoger y clasificar para la adecuada sistematización de este legado.

Igualmente, si entendemos la gastronomía en un sentido amplio, a los efectos que aquí nos interesan, como elementos relacionados con la alimentación humana, está claro que hay muchos de ellos que están en trance de desaparición. Pensemos, por ejemplo, en términos relacionados con el ámbito culinario como *almirez*, *aparador*, *jofaina*, *cucharera*, *espetera*, *pasapurés*, *rasera*, *vasar* y tantos otros que están cayendo en desuso o están siendo sustituidos por otros, que no tienen por qué ser equivalentes. Esto indica que se están produciendo cambios en profundidad, que hacen presagiar que existen elementos que pueden quedarse en el camino a corto plazo.

Otro ejemplo, son las costumbres arraigadas a los modos de vida de antaño, como los procedimientos para conservar productos. La necesidad de contar durante el año con alimentos fuera de temporada para tener garantizada, en la medida de lo posible, la comida familiar en una economía de subsistencia, aguzó el ingenio. Además del embutido, la salación y la conservación en aceite de productos de la matanza, se secaban al sol pimientos, tomates, higos y otros frutos. Se embotellaban, curadas al sol, lentejas y tomates crudos picados, tras someterlos al baño maría. Los melones y las uvas se mantenían en buen estado colgados en las vigas de la cámara, en cuyas trojes se guardaba también el grano. Las aceitunas curadas en barrilla, los pepinos en vinagre y las guindas en aguardiente eran también formas habituales de conservar productos. Todo ello se está perdiendo en apenas 50 años, a medida que se ha ido imponiendo un mercado occidental abierto y globalizado en el cual el acceso a todo tipo de productos está garantizado independientemente de que sean o no de temporada. El estilo de vida asociado a este tipo de prácticas está desapareciendo, y aunque en el ámbito rural siguen quedando personas de más edad que lo continúan practicando, la tendencia regresiva es imparable. En este punto la documentación de este patrimonio vivo es elemento clave para su preservación como legado etnográfico.

2.5.2.4 Música popular

Los cantares del pueblo siempre han estado presentes en múltiples ocasiones con motivos muy diversos. Este tipo de manifestaciones melódicas eran habituales en fiestas y celebraciones de todo tipo. Pero la música tradicional no solo se circunscribe a esos casos, pues también sonaba en el tajo de trabajo (un ejemplo son los cantos de besana y los de trilla); en las casas a través del cancionero domésticos y de los cantos de cuna; asociada a los juegos infantiles, como los de las palmas o las sillas; y a los divertimentos tradicionalmente femeninos, como los corros.

La música ha formado parte siempre de la cultura del pueblo y se han enraizado tanto en él que en muchas ocasiones es un elemento importante de identificación de una sociedad. Pero en esta cuestión nos encontramos, como en tantos otros casos, con la sensación de que lo conocemos es una parte muy limitada de lo que realmente se ha ido desarrollando a lo largo de la historia. Sírvanos de ejemplo en este caso el cante andaluz.

El flamenco, hoy mundialmente reconocido desde 2010 por la Unesco como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, se supone que tuvo unos orígenes humildes, hasta el punto de no haber dejado constancia en los anales de la historia. No se sabe prácticamente nada seguro de esos comienzos: ni fecha, ni antecedentes. Todo lo que hay hasta el momento son diversas hipótesis, ninguna de las cuales ha sido demostrada. Eso es prueba evidente de que nació y creció en el ámbito de lo popular. Posteriormente, una vez profesionalizado el flamenco, aun manteniendo sus raíces populares, dejó de ser auténtica cultura popular y entroncó con la cultura oficial. A partir de ahí, está todo bien documentado, pero ya dejó de ser un arte popular *strictu sensu*.

Aparte del flamenco en Andalucía, al igual que en las demás regiones españolas, ha habido un folklore musical popular (verdiales, fandangos, sevillanas, el vito...) que se ha practicado a lo largo y ancho del territorio, y no parece que esté muy documentado. Del folklore regional español tiene un buen archivo sonoro Radio Nacional de España, pero una vez más hay que reconocer que, aun siendo extraordinariamente interesante e importante, contiene solo una pequeña parte de un enorme universo musical. Por otra parte, no hay estudios de conjunto sobre el material disponible, para comparar y detectar similitudes, diferencias, variantes..., sino que todo es un cúmulo de visiones fragmentarias. Si hablamos de canciones infantiles propias de algunos juegos, la escasez y dispersión de la información es aún mayor.

2.5.2.5 Juegos tradicionales

Los juegos tradicionales son un ámbito amplio y en grave riesgo de desaparición total, pues el cambio operado aquí es de los más intensos dentro de la cultura popular.

A lo largo de toda la historia los niños y las niñas han desarrollado una parte importantísima de su actividad diaria, y por tanto de sus juegos, en la calle, espacio que siempre ha sido su hábitat natural. Por tal motivo, ahí se encontraba el campo de juego y buena parte de los elementos necesarios

para el ejercicio lúdico. Pero lo que era territorio indiscutiblemente infantil, donde niños y niñas reinaban con la más amplia libertad, se ha ido convirtiendo de manera paulatina e imparable en un espacio adulto, urbanizado y apropiado por los medios de transporte. Las zonas dedicadas al juego infantil han reducido su tamaño, han sido limitadas y delimitadas, acotadas con unas barreras y unas normativas, y orientadas a unos modelos de juegos concretos. El cambio de formas de vida de la infancia, con menos tiempo para el juego y más obligaciones escolares y extraescolares, han igualmente limitado el divertimento infantil en exterior. A lo que hay que sumar las nuevas modalidades de ocio asociadas a la tecnología en casa (televisión, Internet y videojuegos). Estas circunstancias han dado lugar a que en un período de tiempo relativamente corto hayan desaparecido gran parte de los juegos que se practicaban en la calle, que ya solo sobreviven en el recuerdo de personas de cierta edad, pero que los niños y niñas desconocen casi por completo. Juegos de diario como la comba o el elástico, los juegos de corro, las canicas, el trompo, el diábolo o la rayuela; o juegos típicos de las festividades como las carreras de sacos, la rotura de los pipotes, las cucañas, los zancos o las carreras de cintas a pie y caballo primero y en bicicleta después, están cayendo en el olvido al no existir una transmisión intergeneracional de muchos de los mismos.

En algunas obras de carácter lingüístico de las ya citadas, encontramos bastantes referencias a juegos tradicionales. Además, hay publicaciones específicas sobre juegos de carácter local o regional. En algunas de ellas se recogen numerosos juegos clasificados según su modalidad. Así, Moreno Martínez (1998: 8) establece la siguiente clasificación: juegos de corro, juegos de comba, juego de filas, juegos de lanzar, juegos de pillar y/o perseguir, juegos de saltar y/o correr, juegos de fuerza, y otros varios que no encajan en ninguno de los apartados anteriores. Gracia Vicién (1978: I, 5-6, II, 5-6) describe juegos de pídola, de saltar, de tabas, de canicas, de peonza y perinola, de correr y prender, del escondite, de tocar, pegar y prender, de equilibrio y puntería, de carreras, de fuerza, de bolos, de pelota y de azar y envite. Martín Nicolás (2002: 9-10) describe variados juegos de bolos castellanos y leoneses y otros denominados calva, chana, mazas, herradura, llave, monterilla, tanga, rana, billar romano, lanzamiento de barra, lucha leonesa y corta de troncos. Movsichoff (1987: 202-204) recopila rimas, sorteos, juegos de diálogos, adivinanzas, destrabalenguas, pegadas, diversiones y juegos, penitencias que se aplican en los juegos de prendas, juegos de naipes y oraciones y ensalmos. Esta última obra, editada en Argentina, ofrece un interés especial porque permite comparar y establecer similitudes, diferencias y variantes en relación con España.

Existe así una bibliografía relativamente amplia en este ámbito, pero, no obstante, es evidente que sigue habiendo muchas zonas oscuras que ofrecen un extenso campo para la investigación. En este campo concreto, las generaciones que todavía han disfrutado de primera mano de estos juegos siguen presentes, lo que permite documentar el fenómeno a través de la memoria viva.

2.5.2.6 Artesanías y oficios populares

La artesanía popular está relacionada con las labores tradicionales del campo y de la vida cotidiana. Es el resultado de la adaptación al medio y de la optimización de los recursos del entorno. Hace apenas un siglo la mayoría los oficios en su gran mayoría tenían un carácter puramente artesanal, pero el desarrollo paulatino de la industria y la inclusión de nuevas técnicas de trabajo han supuesto una serie de avances en un sentido, y retrocesos en otros. Esto ha dado lugar a la desaparición de oficios tradicionales, que han sido sustituidos por otros que gozaban de la ventaja de la producción en serie, abaratando costes y provocando por ello que muchos de los productos artesanales no fueran competitivos, en criterios de tiempo y producción, frente a los de su misma especie procedentes de la industria. Esta tendencia es permanente en la historia y sigue viva en el momento actual, siendo la principal causa de que muchas de las artesanías tengan hoy un carácter residual, pues se mantiene como actividades minoritarias y exclusivas, en muchas ocasiones fuera de los circuitos comerciales. La falta de regeneración generacional de gran parte de los oficios artesanales vinculados al medio rural supone de tal manera la desaparición de técnicas y medios ancestrales.

Entre las técnicas tradicionales cada vez menos presentes, y a modo de ejemplo, se podría citar el trabajo del esparto. Con él se ha realizado, desde tiempos inmemorables, el utillaje del agricultor y del ganadero, sustituyendo a otros materiales de mayor coste o más difíciles de conseguir. También se utilizaba para las bestias y su apareo y para la confección de útiles de la casa. El trabajo del esparto partía de la recolección del mismo, a continuación se metía en agua durante un periodo de unos 20 días para reblandecerlo. Seguidamente se dejaba secar y en ocasiones se majaba, consiguiéndose así la suficiente suavidad en las fibras como para poder moldearlas, dando forma a los más diversos objetos. Canastos, serones, espuelas, forros de botellas y garrafas, alpargatas, las agüeras de los mulos, etc., son algunos de los múltiples usos que se le daba a este material. La aparición de objetos sustitutivos en plástico y otros materiales relegó a un segundo plano las piezas de esparto. Hoy en día aún hay en Montefrío personas que conocen el trabajo del esparto, pero las nuevas generaciones desconocen totalmente cómo se realiza esta labor.

Pero el esparto no es la única fibra vegetal usada en labores artesanales, destaca también el trabajo de la anea, con la que se fabricaba principalmente asientos de sillas, pero también se hacía cestería y otros enseres del hogar. También se ha usado la caña y la mimbre para la fabricación de cestas y canastos, y en muchos lugares es también costumbre el trenzado de las palmas como elemento decorativo, asociado sobre todo a determinadas festividades.

Las artesanías asociadas a las labores femeninas también son otro de los sectores que cayeron en desuso con la comercialización industrial. Técnicas como el encaje de bolillos, el bordado de mantillas, el bordado en oro o en tul, tienen cada vez menos artesanas dedicadas a su trabajo y su relevo generacional es extremadamente bajo.

Por otro lado, actualmente asistimos a una cierta valoración de ciertos productos artesanos vinculados al mundo del arte, la moda y la decoración, lo que está permitiendo reavivar oficios populares, como la cerámica o la azulejería, y que labores tradicionales, como el ganchillo y el bordado, estén teniendo un resurgimiento por parte de generaciones jóvenes. Pero existen otras muchas artesanías totalmente alejadas de las dinámicas de la producción actual con muy pocos artesanos/as en activo hoy en día. La lista podría ser casi interminable, si incluimos las actividades y oficios ya desaparecidos y los que están a punto de hacerlo. A título de ejemplo, se pueden citar solo algunos de ellos, como albardonero, arriero, cagarranches, caldedero, calero, campanero, cantero, carbonero, curtidor, deshollinador, encajera, espartero, herrador, hilandera, hojalatero, lañador de lebrillos, peinadora, picapedrero, pregonero, recovero, remendador, sereno, seronero, sillero, talabartero, tejero, tonelero, etc. En bastantes casos ya no quedan personas vivas que sepan realizar determinadas labores.

2.5.2.7 Festividades

Las festividades son un ejemplo de patrimonio inmaterial vivo y dinámico, que se ha desarrollado a lo largo del tiempo y que en la actualidad se sigue celebrando y rememorando. En este apartado se puede decir que la situación no es tan delicada como en algunos de los que preceden, pues las fiestas en general gozan de buena salud porque han sido capaces de evolucionar y adaptarse a los nuevos mecanismos y demandas de la sociedad. Ello origina, sin embargo, que buena parte de las celebraciones no mantengan los mismos ritos y actos procesales que las caracterizaban hace uno o dos siglos, pues su supervivencia se ha basado precisamente en su evolución.

También hay celebraciones que han dejado de conmemorarse, bien por no haber tenido esta capacidad de adaptación; porque se encontraban ligadas a espacios con gran retroceso demográfico y envejecimiento de la población; o por quiebros sociales o crisis de envergadura que limitaron en momentos concretos su celebración y ya nunca fueron recuperadas. En otros casos la causa está en los profundos cambios sociales producidos, que han propiciado nuevas formas de vida, con hábitos y costumbres diferentes.

En el ámbito de la festividades también están presentes las celebraciones públicas oficiales, ya sean de carácter religioso o civil. Como tales, de principio, no son estrictamente consideraras como manifestaciones de cultura popular, pero sí cabe investigar el grado de implicación de los sectores populares en este tipo de actos y las diferentes maneras de participación e identificación con los mismos.

Por tanto, hay fiestas que están desapareciendo y otras que están evolucionando a formas diferentes. También en época reciente se está llevando a cabo un proceso de recuperación patrimonial de celebraciones olvidadas, o, dentro de las que se festejan, de rasgos tradicionales que habían caído en desuso. El estudio de los cambios que están teniendo lugar es de gran interés

y supone un amplio campo de investigación para indagar a través de las fiestas sobre la evolución de la propia sociedad.

2.5.2.8 Creencias populares.

Otro aspecto digno de estudio es el de las creencias populares y supersticiones, que proporcionan información sobre lo que se podría llamar como *psicología colectiva* de una comunidad. Se engloban en este apartado diferentes concepciones acerca de la naturaleza, los ciclos vitales, los eventos o seres designados como sobrenaturales, el esoterismo, las apariciones, los mitos, la magia, etc. También forma parte de este contexto una serie de prácticas asociadas, como los ritos de las supersticiones o los rituales de curación. Rodríguez-Becerra clasifica las creencias en dos grandes bloques, por un lado, las referidas al entorno sobrenatural, que narran la relación de las personas con los poderes, los seres sobrenaturales y las fuerzas de la naturaleza; y por otro las nacidas en torno a las sociedades humanas y su organización, referidas a la Naturaleza y sus leyes físico-químicas, a la explotación del medio para su provecho, a la enfermedad y su curación, a la muerte y a un largo etcétera (1981: 22).

Ese conjunto de creencias en general fue asumido durante mucho tiempo de manera acrítica por las capas populares y se transmitió de generación en generación, con un sentido casi religioso, sin apenas cambios en su esencia y con escasas variantes, por lo que a través de estas narrativas se puede traer al mundo actual los *fantasmas* del pasado perfectamente conservados. Son las personas de mayor edad las que recuerdan y cuentan unos relatos y ritos heterodoxos cargados de hechicería y superstición, que en otros tiempos fueron plenamente aceptados y transmitidos, como un conocimiento más del medio, pero que actualmente son asumidos con bastante distancia y escepticismo por una población más joven y más formada, razón por la que también en este caso la tendencia es a su paulatina desaparición.

Las creencias populares son una fuente de estudio antropológico de extraordinario interés y requiere un cuidado acercamiento. Las investigaciones en este campo deben realizarlas personas que ofrezcan confianza a los informantes, pues se trata de una faceta de la vida del pueblo sobre la que existe cierto pudor a la hora de mostrarla hacia el exterior más allá del ámbito cercano, familiar o de vecindad. Y ello es así porque incluso entre quienes aceptan en la práctica tales creencias, en su fuero interno suelen también albergar dudas sobre su veracidad o temen no ser creídos, lo que genera recelo a la hora de manifestarlas ante extraños. En ocasiones este mundo sobrenatural es además contrario a la visión establecida por una élite social más ilustrada y a los preceptos de las autoridades civiles y eclesiásticas, lo que incide aún más en que estas creencias se mantengan en un terreno privado y solo se narren en un círculo de confianza. En este aspecto, y en otros, es muy curioso e ilustrativo el *Diario de la expedición antropológica a la Alpujarra en 1894*, de Olóriz Aguilera (1995), en edición reciente, en la que se recoge parte del mundo sobrenatural de la comunidad.

Estas narrativas de lo esotérico y lo misterioso son interesantes porque a través de estos relatos se transmite una visión concreta del mundo y se estructuran unas guías de actuación acatadas por la población para aplacar los males que se podían generar. Los rituales para evitar la mala suerte o prevenir el mal de ojo, el cuidado ante las almas errantes o los poderes curativos asociados a determinados actos, objetos o personas, fueron parte integrante de la cotidianidad y contribuyeron a conformar la identidad cultural de diversas comunidades y territorios, de ahí que su documentación, estudio y sistematización sean igualmente un elemento de valor.

2.5.2.9 Elementos materiales

En la investigación sobre la cultura de los pueblos es muy recomendable analizar los elementos materiales que se conservan del pasado. Es una forma de intentar conocer más a fondo los modos de vida y costumbres imperantes en determinados momentos y hallar así también algunas de las claves del devenir histórico de una comunidad. Cuanto mejor se conocen los elementos materiales de los que hace uso una sociedad, más posibilidades hay de comprender el conjunto de los comportamientos, actitudes, maneras de pensar y los productos que la caracterizan. Por ello, el valor antropológico y etnográfico de tales piezas es muy alto, de ahí que en obras de este tipo es habitual que aparezcan, a modo de ilustración, reproducciones de objetos de la vida cotidiana, herramientas de trabajo, maquinaria, aperos de labranza, medios de transporte, útiles de cocina, muebles, etc.

Mención aparte merecen las fotos antiguas, que no solo son ejemplos de materialidad, sino también documentos que nos informan de múltiples aspectos útiles para el estudio de la cultura popular tradicional: vestidos, peinados, adornos, elementos para cubrir la cabeza en hombre y mujeres, actos sociales de diverso tipo, juegos y diversiones, objetos diversos, costumbres, ocupaciones laborales, vivienda, escenas de la vida cotidiana... Todo ello contribuye de manera muy eficaz al mejor conocimiento del ambiente general en que se desenvolvía una sociedad concreta,

Similares utilidades tienen los documentos de todo tipo conservados. Notas, cartas, apuntes, diarios y otros escritos que proceden directamente del ámbito popular, aunque en general son más bien escasos, ya que no se han considerado elementos de valor para ser guardados, representan una importante aportación para este tipo de investigaciones. También hay que tener presente los documentos de carácter oficial, que, aunque no se podrían entender como parte directamente integrante de la cultura popular, sí reflejan con frecuencia algunos aspectos de la misma, bien ofreciendo datos concretos o bien a través de las deducciones que razonablemente se puedan hacer partiendo de su contenido. Son de especial interés los contratos de compra-venta, los documentos que reflejan transacciones y acuerdos comerciales, con especificación de pesos, medidas, precios, etc., o los testamentos y la documentación relativa a pleitos.

Sin ánimo de hacer un listado exhaustivo, y solo a modo de breve referencia, se muestran algunos de los objetos materiales asociados a la cultura popular en riesgo de desaparición:

Armas Antiguas:

- Alfanes
- Armaduras
- Ballestas
- Escopeta
- Espadas
- Cascos
- Cuchillo
- Florete
- Fusiles (con bayoneta)
- Hachas
- Instrumentos de caza
- Lanzas
- Machete
- Maza
- Navajas
- Pistolas
- Sable
- Trabuco
- Ballesta

Artesanía de fibras vegetales:

- Aguaderas
- Alfombras
- Alforjas
- Bozales
- Canastas
- Capachos
- Cestos
- Espuertas
- Esteras
- Soplillos
- Talego

Herramientas de labranza y cultivo:

- Almocafre
- Arado
- Atalaje
- Atajarres
- Azada
- Azadón
- Bielgo
- Capachos
- Carromatos

- Collera
- Criba
- Espuertas
- Estribo
- Fanega
- Hachas
- Harnero
- Hoces
- Horca de Palo
- Horcates
- Mano de Hierro
- Narria
- Rastrillo
- Pala
- Pico
- Trillo
- Ubio

Juguetes Antiguos

- Coches y camiones
- Cochecitos de muñecas
- Comba
- Diábolo
- Peonza
- Muñecas
- Triciclos
- Soldaditos
- Sonajeros, etc.

Libros antiguos y material editorial:

- Comics y tebeos
- Cuentos
- Folletos
- Libros antiguos
- Programas de fiestas
- Revistas

Transporte:

- Berlina
- Carreta
- Carros tradicionales
- Enseres de Caballería (estribos y bocados, hierros de

- marcar, sillas, trabas, etc.)
- Piezas de monta
- Tartana
- Vehículos antiguos de motor o reproducciones de la época.

Maquinaria:

- Para la molienda de la aceituna
- Para la molienda del grano
- Maquinaria agrícola
- Maquinaria industrial
- Maquinaria vinculada a oficios.

Material documental

- Cartas
- Carteles de fiestas
- Carteles antiguos de publicidad
- Diapositivas antiguas
- Dibujos
- Estampas
- Grabados
- Fotografías antiguas
- Litografías
- Periódicos
- Recordatorios
- Revistas

Mobiliario Antiguo:

- Arca/Arcón
- Armario
- Baúl
- Cama/cunita antigua
- Cómoda
- Cuadro
- Espejo
- Lámpara
- Lavabos antiguos
- Mecedora
- Mesa de camilla

- Piedra de lavar
- Reloj de pared
- Rueca
- Ropero
- Silla
- Telar

Objetos cerámicos

- Ánforas
- Barreños
- Cántaros
- Jarras/Jarrones
- Lebrillos
- Orzas
- Pipotes
- Platos
- Tinajas
- Vasija, etc.

Objetos musicales antiguos

- Armónica
- Campanilla
- Flauta
- Guitarra
- Tambor
- Trompeta, etc.

Objetos religiosos o de culto

- Altaricos móviles
- Biblias antiguas
- Crucifijos

- Devocionarios.
- Esculturas
- Estampas
- Exvotos
- Relicarios
- Rosarios

Orfebrería y objetos antiguos de metal:

- Braseros
- Cacerolas
- Candelabros
- Candiles
- Cencerros
- Cubiertos/Cuchillos
- Jaulas de pájaro
- Ollas
- Paletas
- Plancha de hierro
- Sartenes antiguas, etc.

Para el mercado:

- Romanas
- Pesas
- Monedas, etc.

Telas, tejidos antiguos y trajes populares

- Bordados
- Cortinas

- Encaje de bolillos, blonda o chantilly.
- Ganchillo.
- Labores infantiles del colegio.
- Lencería antigua
- Mantelería
- Mantillas
- Mantones de Manila
- Paños

Piezas antiguas de oficios:

- Elementos de despacho
- Máquina de escribir
- Material médico
- Piezas de botica
- Objetos de escuela
- Útiles de almazara
- Utensilios del apicultor, del pastor, del leñador, del jornalero, del recolector de aceitunas, talabartero, espartero, costurera, panadero, cazador etc.)
- Objetos de los oficios artesanos (carpintero, herrero, alfarero, etc.)

3. Las redes sociales en la conservación de la cultura popular.

3.1 Introducción.

El término “red social” define actualmente a una plataforma de comunicación global en Internet a través de la cual se posibilita la inclusión de usuarios, la generación de comunidad y el intercambio de información y recursos. Como toda red, se conforma a través de nodos y conexiones. Ambos elementos son piezas de valor, ya que determinan la riqueza del tejido conectivo de la red y sus posibilidades. Las redes son espacios abiertos y modulares, predispuestos a la inclusión constante de nuevos nodos y al establecimiento de diversos puntos de conexión. Las redes son estructuras con un carácter eminentemente horizontal de base, que proporcionan a sus integrantes entornos

de desarrollo abiertos en los que interactuar a través de mensajes (públicos o privados, permanentes o efímeros) y en las que compartir diverso material multimedia con diferentes opciones y formatos. Destacan además por su alto dinamismo, con un flujo continuo y variado de información, y en las que la inmediatez es una de sus principales características. A través de ellas confluyen diversidad de elementos (sociales, económicos, emocionales, etc.), lo que las convierte en un fenómeno tan amplio y complejo, como interesante y lleno de posibilidades de estudio.

Su uso ha calado por completo en una sociedad occidental que las utiliza de forma mayoritaria y diaria, dentro de una inercia social y digital con múltiples posibilidades para crear nuevos espacios de interacción y contacto. Son un elemento de comunicación masiva en las que se modifican las formas habituales de las relaciones sociales *off line*, con cambios en los parámetros espaciales y temporales, en la visibilidad de los contenidos y en las posibilidades de expansión.

Actualmente las redes sociales se consideran una extensión más del mundo físico. No son, como al principio de su utilización, un espacio ajeno a la experiencia *off line* de sus usuarios, pues el entorno virtual y físico están ampliamente imbricados entre sí.

Las redes posibilitan además que cualquier usuario no solo sea consumidor de recursos, sino que también pueda opinar e interactuar en comunidad, crear información y divulgar contenido. Esto genera a su vez un enorme caudal de datos de las más diversas procedencias, y supone también una dificultad para localizar exactamente lo que se necesita y para discernir entre lo que es fundamental y lo accesorio. “La escritura, la letra impresa o los modernos medios de comunicación de masas han gozado de un prestigio que, si bien justificado, a menudo ha llevado a muchos a atribuir especiales cualidades de veracidad a cuanta información transmitían” (Arrarte 2011: 17). Por ello, es necesario analizar con actitud crítica lo que nos llega por esta vía.

Tras un primer periodo de efervescencia, en la que la propia sobredimensión del fenómeno restó en ocasiones protagonismo a su uso como medio de acción, encuentro y creación, se ha pasado a una etapa de maduración que se ha ido desarrollando a medida que aumentaba la alfabetización digital y que estos medios se asentaban como una herramienta más de trabajo y de comunicación. Tal como afirma Arrarte (2011: 17), “en general, se tiende a rodear a cualquier medio de comunicación de un cierto halo mágico”

Las redes sociales son múltiples y variadas, y van cambiando y evolucionando a lo largo del tiempo. Pero lo realmente importante no es la tecnología en sí, sino los usos dados a la misma y las dinámicas que a través de ella se han creado y asentado en la sociedad. Las redes en sí podrán cambiar, evolucionar o desaparecer, pero los hábitos de comunicación que han generado ya se encuentran integrados en un mundo digital que continuará avanzando por esta línea.

3.2 Las redes sociales y su uso en el patrimonio cultural

El nacimiento y la rápida expansión y popularización de Internet ha sido un fenómeno verdaderamente revolucionario en todos los ámbitos, también en el cultural. Una vez superadas las dudas, indecisiones y recelos iniciales, las actuaciones en este campo se han ido multiplicando a pasos agigantados en los últimos tiempos.

Actualmente tenemos ya una cierta perspectiva temporal que nos permite analizar este fenómeno en el tiempo. La aceptación en masa de las redes sociales por parte de los usuarios empezó en el año 2005. Aunque los centros culturales tardarían aún unos años en hacer un uso extensivo de las mismas, el bagaje desde entonces hasta hoy.

Los museos fueron las primeras entidades culturales que en España empezarían a sumarse tímidamente a este proceso en el año 2006, con la iniciativa de Museos Científicos Coruñeses y el Centro José Guerrero de Granada, que estrenarían, con apenas unas semanas de diferencia, los dos primeros blogs de museos españoles. Pocos meses después otros centros seguirían el ejemplo, aumentando muy lentamente su número en los años siguientes. También en 2006 las redes sociales empezaron a cobrar fuerza en el sector cultural y MySpace se convirtió en el espacio donde decenas de museos del ámbito anglosajón crearon perfiles sociales como un medio para establecer un contacto más directo con su público (Gómez. 2012)

El fenómeno MySpace fue bastante breve en el tiempo por la rápida expansión de Facebook, en primer lugar y de Twitter a continuación, dando lugar a que los centros culturales de todo el mundo empezaran a crear perfiles institucionales en estas redes. La versión de Facebook en español, lanzada a finales del año 2007, abrió el camino a los primeros museos españoles, con un uso minoritario en un principio y masivo y extensivo en los años siguientes. A partir de ahí, el proceso se ha ido paulatinamente acelerando; ampliándose a nuevos espacios, adquiriendo diversas peculiaridades en función de los nuevos desarrollos tecnológicos que las nuevas redes, como Instagram, TikTok o Twitch han ido posibilitando; e incluyendo a diversos modelos de instituciones culturales en cualquier punto del planeta.

Esto generó un cambio en la forma de entender la comunicación en el ámbito cultural. Tradicionalmente los entes culturales habían desarrollado un tipo de comunicación con su público de carácter unidireccional. El público actuaba solo como receptor pasivo de una serie de acciones y contenidos, con pocas posibilidades de interactuar con el centro emisor. Los espacios patrimoniales estaban además supeditados a las limitaciones de su localidad física, circunscribiendo su radio de acción al ámbito cercano. La inclusión de los medios sociales ha ido cambiando paulatinamente esta concepción, posibilitando que desde las instituciones culturales se pueda

establecer un diálogo con su público, convirtiéndose en centros que generan y distribuyen contenido e información ofreciendo variados canales para la interacción con el usuario y aceptando la participación y la colaboración de sus visitantes en la construcción del conocimiento. Para la cultura local las redes sociales han supuesto una oportunidad como nunca antes se había tenido, y diversos espacios han hecho uso de sus posibilidades con proyectos e iniciativas que han incidido muy positivamente en la recopilación, transmisión y difusión del patrimonio, la historia o el arte (Gómez. 2012).

El uso masivo de las redes sociales ha posibilitado que diversas entidades culturales de ámbito local estén teniendo una vía que les permita darse a conocer y comunicarse con su público (físico y digital), conectar con otros centros culturales, generar comunidades y crear sinergias de trabajo colaborativas. Para muchos espacios culturales pequeños, de ámbito rural o físicamente alejados de las grandes urbes, las redes sociales han sido el elemento clave que les ha permitido superar las limitaciones geográficas, económicas y humanas, y les han posibilitado para llegar a nuevos públicos y crear comunidades.

La facilidad de uso y las posibilidades de expansión que las redes ofrecen han dado igualmente lugar a que surjan proyectos personales, comunitarios e iniciativas ciudadanas para la reivindicación, la demanda o la puesta en valor de elementos patrimoniales. La ciudadanía ha encontrado a través de las redes una forma de expresar sus inquietudes culturales y promocionar determinadas realidades más allá de las acciones institucionales, generando así igualmente un elemento de valor y de refuerzo de la identidad cultural.

Las redes se han convertido de esta manera en unas aliadas para la cultura, generando una trama social no jerárquica, abierta y nodal que crea comunidad y favorece el activismo y la participación de diversos modelos de usuarios. Se han creado además comunidades en red en torno a espacios culturales e, incluso, se han llevado a cabo proyectos de trabajo compartidos que han permitido documentar o revalorizar determinados activos culturales. La recopilación de elementos de cultura popular (tradiciones, leyendas, etc.), de bienes patrimoniales (fotografías antiguas, cartas, documentos, etc.) o de memoria oral son solo algunos ejemplos de iniciativas llevadas a cabo a través de esta vía.

El papel que actualmente juegan las redes sociales en la preservación cultural se puede concretar en cuatro ámbitos generales:

- La creación de comunidades en torno a un territorio, identidad cultural, un bien patrimonial o una institución.
- Su uso como campo de documentación y estudio.

- Su utilización como medio de compilación.
- Y la generación de vías de transmisión cultural.

3.2.1 Las redes sociales y la creación de comunidades.

Las redes sociales son un espacio de sociabilización ampliado, un lugar en el que se establecen relaciones entre individuos a muy diversos niveles y que permiten generar comunidades en torno a intereses comunes. El concepto de comunidad hace referencia a las formas complejas de agrupación social que se establecen entre personas a las que une entre sí un determinado elemento, como el territorio, la lengua, la etnia o la religión. El uso de la tecnología ha hecho que la idea de comunidad supere el entorno físico y se generen también en el espacio digital, dando lugar a un espacio de relación diferente, "pero no por ello inferior a las formas anteriores de interacción social" (Castells, 2001: 146). Rheingold definía las comunidades virtuales como "agregaciones sociales que emergen de la red cuando un número suficiente de personas entablan discusiones públicas durante un tiempo lo suficientemente largo, con suficiente sentimiento humano, para formar redes de relaciones personales en el ciberespacio" (1993: 5). Es decir, relaciones en las que están presentes tres elementos: un entorno digital, una vinculación continuada en el tiempo y unos ciertos lazos afectivos entre los integrantes. Este tipo de comunidades se caracterizan además por ser totalmente abiertas, por tanto, el formar parte de las mismas viene determinado generalmente por el propio interés del usuario, que encuentra a través de ellas un lugar en el que estar informado, aprender, conversar con personas afines, desarrollar sus intereses y satisfacer sus necesidades sociales y emocionales.

El carácter virtual de este tipo de comunidades facilita además que personas ubicadas en puntos geográficos distantes entre sí pueden tener un sitio de encuentro. En el caso de comunidades ligadas a un espacio físico concreto, como un pueblo, una ciudad o un país, permiten que personas vinculadas directa o indirectamente al lugar, pero que no habitan físicamente en él, puedan mantener una vinculación y un contacto.

Desde el origen de las primeras comunidades en red hasta hoy, las formas de socializar a través de estos medios han sido percibidas de manera diferentes. En los primeros análisis de este tipo de comunidades algunos autores consideraron que en ellas se establecía unas interacciones débiles, una baja cohesión social y unas relaciones de carácter efímero. Maldonado (1997) esgrimía la ausencia de conflicto y confrontación (indicio de una verdadera implicación en comunidad) como uno de los elementos indicativos de esa baja interacción en las comunidades digitales. (Valiente. 2004: 141). Sin embargo, desde esos primeros análisis a la actualidad esas comunidades han ido madurando, dando lugar a que actualmente sean un fenómeno de amplio calado y repercusión y un espacio en el que se pueden establecer contactos y conexiones de intensidad similar a las que se

producen en el espacio físico. De hecho, si nos fijamos en esa idea de conflicto esbozada por Maldonado para medir el nivel de implicación, una simple observación de las redes sociales actuales nos muestra la vehemencia con la que los usuarios defienden sus posturas y confrontan sus ideas, lo que indicaría la alta implicación emocional que se puede establecer en ellas.

Las comunidades en red pueden generarse como una extensión de una agrupación previamente existente en el espacio físico, por ejemplo, la comunidad digital de un pueblo. En este tipo de comunidades es habitual que una parte de sus integrantes se conozcan y mantengan algún tipo de relación en el espacio físico. Por otro lado, también pueden crearse *ex profeso* dentro de la propia red, por ejemplo, la comunidad digital de un proyecto de nueva creación. En éstas puede no existir ningún tipo de conexión *offline* entre sus miembros, pero igualmente es posible establecer un nivel alto de cohesión e implicación.

Las comunidades sociales digitales pueden ser promovidas por un ente institucional (un museo, un centro educativo, un espacio social...), una organización (empresa, asociación...), o una iniciativa personal o ciudadana. En relación a este último punto, muchas veces este tipo de comunidades se desarrollan de manera espontánea.

Los individuos que forman parte de una determinada comunidad en línea deciden a qué nivel se involucran en la misma. En términos generales se pueden establecer tres grandes grupos de usuarios:

1. Observadores: suelen representar el modelo mayoritario, una masa de personas cuyo nivel de interacción y representación pública dentro de la red social es bajo, pero que están presentes mediante la observación y usan el espacio *online* como un medio de información.
2. Colaboradores: son personas que participan en la comunidad de manera ocasional, apoyando, comentando, intercambiando información o participando en las iniciativas que se llevan a cabo.
3. Creadores: representan a las personas que, de manera activa, contribuyen, generan contenido y crean iniciativas.

Estos roles no son estáticos y pueden variar en función de factores diversos. Los propios usuarios pueden a su vez representar roles diferentes en distintos momentos o en diferentes entornos en línea.

En relación al patrimonio cultural, la generación de una comunidad en red en torno a un territorio, una identidad, un bien patrimonial o una institución es una pauta recomendada para la puesta en valor y reconocimiento público del elemento o espacio patrimonial.

En términos de identidad cultural este tipo de filiaciones juegan un papel muy destacado, tanto por la propia autoidentificación de los miembros ya descrita, como por la superación de las barreras territoriales, algo muy significativo en el caso de personas migrantes o sus descendientes. Que sea la propia idea de identidad y el propio sentimiento de pertenencia el que motiva a un individuo a integrarse y a involucrarse en un espacio social vinculado a elementos patrimoniales, favorece que en torno a las comunidades en red se pueda crear un alto nivel compromiso y filiación. Ambos elementos son claves en los procesos de puesta en valor o recuperación patrimonial. Contar con una base social, un reconocimiento público y una colectividad que puede ser fuente de información y apoyo, es una pieza de gran importancia para dar valor a un ente patrimonial. Esto se hace además especialmente significativo cuando se trabaja con elementos de patrimonio local y cultura popular, y supone un primer paso significativo y útil para la documentación cultural, la compilación de elementos materiales e inmateriales y la divulgación de los mismos.

3.2.2 Las redes sociales como herramienta de documentación de la memoria colectiva.

La historia de una comunidad se representa en sus relatos, en sus historias y en todo aquello que la memoria colectiva atesora. Es un archivo cotidiano, íntimamente ligado al espacio temporal, en el que está latente la tradición y la identidad de un lugar, y que avanza y se transforma de generación en generación a través de los individuos que transmiten el relato haciéndolo suyo. Los recuerdos individuales se enraízan en una historia compartida que, debidamente documentada y sistematizada, sirve para vislumbrar los ecos de un pasado común. La memoria es volátil, ambigua, selectiva y abierta a múltiples influencias. Esto hace que no todos los recuerdos sean equitativos y que se fijen mejor aquellos eventos vinculados a momentos de crisis o tensiones, por encima de muchos otros espacios de la cotidianidad. Philippe Ariès (1993) habla de la historia como una realidad compuesta por una esfera de lo visible, que enmarcaría la historia oficial y erudita (en sus múltiples facetas políticas, sociales, económicas y culturales); y una esfera de lo invisible, en la que entra en juego el imaginario colectivo.

De este modo, recuperar la memoria de lo cotidiano, de lo invisible y popular, de lo alejado de los grandes hechos históricos y de las fracturas y crisis que han marcado la sociedad, es tarea compleja por todo aquello que implica. Las investigaciones relacionadas con la cultura popular han sido siempre difíciles y costosas. Para estudiar etnográficamente un lugar, por remoto que fuese, no quedaba más remedio que desplazarse hasta allí por largos periodos, pues el tiempo que hay que dedicar a las investigaciones de este tipo es dilatado. En el mundo rural las malas comunicaciones y las dificultades para encontrar hospedaje hacían aún más complicada la tarea. Si a ello le añadimos la escasa o nula financiación, se comprende que ese conjunto de circunstancias adversas ejerciese una fuerte presión disuasoria sobre quienes estaban interesados en este tipo de temas, y que no se hayan llevado a cabo todos los trabajos de esta naturaleza que habrían sido recomendables para la adecuada documentación del patrimonio local. La magnífica obra promovida

por Cortés Carreres y García Perales (2009) titulada “La historia interna del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)”, refleja fielmente las numerosas e inacabables peripecias a las que los esforzados investigadores tuvieron que hacer frente durante bastantes años para llevar a cabo sus estudios, y muestra los inconvenientes, el sacrificio, la dedicación y la paciencia necesaria para la recuperación de las raíces culturales. Probablemente esta sea una de las razones de que haya tantos elementos tradicionales y vinculados a la cultura popular que permanecen en penumbra o en la oscuridad total, y que corren el riesgo de desaparecer sin que quede constancia documental de su existencia.

La memoria colectiva no es sencilla de recuperar, pero las redes sociales brindan nuevas oportunidades para ello, sobre todo si previamente ya existe una comunidad en línea que facilite el acercamiento a un espacio social, pues se abren canales de comunicación más rápidos y más directos. A través de las redes se puede en primer lugar documentar las aportaciones que de manera espontánea realizan los miembros de una comunidad en relación a su pasado común. Relatos, recuerdos, fotografías o documentos que ayudan a completar la historia reciente.

En segundo lugar, se puede trabajar directamente con aquellas personas cercanas a los elementos a estudiar, bien porque de primera mano pueden aportar al relato o bien porque le ha sido transmitido por las fuentes originales. Realizar encuentros, entrevistas o encuestas usando las redes sociales como plataforma es una posibilidad hoy viable. El informe Digital 2021 España, de We Are Social indica que los españoles reacios a utilizar las redes sociales cada vez son menos y que en 2020 se sumaron 8,1 millones de usuarios activos en España. Con este incremento, ya un 80% de la población española está en redes sociales. En el caso de estudio de elementos de la cultura popular este dato es significativo, porque implica que también las personas de mayor edad, y por tanto las que más pueden aportar a la documentación del pasado reciente, están haciendo uso de estos medios.

En tercer lugar, a través de las redes sociales es además factible conectar con actores locales interesados en el tema y que, adecuadamente dirigidos por expertos en la materia, pueden colaborar de manera eficaz en la realización de encuestas, aplicación de cuestionarios, recogida de información oral o escrita, y grabación de documentos sonoros, entre otras acciones de recuperación patrimonial en su entorno físico.

Las posibilidades de generar un proyecto marco de documentación de la cultura local siguiendo unos criterios homogéneos y de actuar simultáneamente en amplios y diversos territorios, es más factible que hace unos años atrás en virtud de las opciones que Internet y las redes sociales ofrecen. Realizar proyectos de este tipo de manera no aislada, sino englobando una entidad global, por ejemplo, de tipo geográfico (provincia, comunidad autónoma, etc.), y siguiendo unos criterios

homogéneos, permitiría hacer estudios de conjunto y comparativos, y ofrecer una visión más completa de lo común y lo diferente en espacios territoriales más o menos amplios.

La memoria oral permite acercarse a un conocimiento más detallado de vivencias de carácter personal, grupal o local, y su documentación rescata del olvido las formas de vida de una cultura popular en retroceso. Actuar a gran escala en su preservación y aprovechar las posibilidades del entorno digital en el cual nos encontramos, sería hoy un elemento clave la conservación de esta historia reciente.

3.2.3 Las redes sociales como herramienta de compilación de un pasado material.

Son muchas las definiciones que desde diferentes disciplinas han formalizado una idea de lo que se entiende por cultura material. A grandes rasgos se puede entender como la expresión tangible y concreta de la existencia humana, y se manifiesta a través de unos objetos físicos creados por una comunidad. Este concepto abarca desde primeras piedras trabajadas al último microchip generado en la actualidad. Pero la cultura material, más allá del objeto en sí, también implica hacer una serie de reflexiones sobre la materialidad, es decir, sobre las relaciones que se establecen con los artefactos generados (producción, consumición, boato...), su valor simbólico y consideración social, y el papel que juegan dentro de la sociedad que los creó. Así, los objetos materiales se comprenden adecuadamente al relacionarnos con la sociabilidad, la temporalidad y la espacialidad (Meskell 2004, 2005). Y los de la materialidad se centran en buscar “cómo la gente y los objetos se constituyen mutuamente y funcionan juntos como formas híbridas” (Pollard 2008: 46).

En el caso de la cultura popular los artefactos se encuentran íntimamente ligados a los modos de vida de una sociedad rural y local. Son piezas por lo general de escaso peso económico; carecen del valor simbólico de los objetos culturales; son manifestaciones cercanas en el tiempo, por lo que su antigüedad no los convierte de por sí en objetos a preservar; y su carácter eminentemente utilitario suele dejar poca cabida para decoraciones y ornamentaciones, lo que los aleja del campo del arte. Todos estos elementos dan lugar a que a este tipo de piezas no se le haya otorgado una gran consideración y, por tanto, que muchas de ellas se hayan paulatinamente desechado para ser sustituidas por sus versiones más modernas.

El patrimonio documental es también representativo de la cultura material asociada al ámbito popular. Notas, cartas, apuntes, diarios, postales, facturas, estampas religiosas, recordatorios de nacimiento o comunión, carteles de fiesta, carteles de publicidad, dibujos, grabados, periódicos o revistas, entre otros muchos elementos, que nos hablan de la sociedad que las creó y que hoy suelen quedar olvidados entre libros y cajones.

Mención especial merecen las fotografías antiguas y su doble faceta como patrimonio cultural y bien documental. A partir de ellas se puede estudiar la fisonomía de pueblos y ciudades y se vislumbra la vida pública a través de actos, festividades y eventos. Igualmente son interesantes las fotografías privadas en las que se puede observar las características del espacio doméstico y el entramado familiar.

En las casas aún sigue habiendo elementos representativos de esta cultura material, susceptibles de ser apreciados, documentados o incluso recogidos para formar parte de un proyecto patrimonial. En esta labor el principal escollo es saber qué hay, dónde está y cómo llegar hasta las personas que lo conservan. Para ello, las redes sociales se presentan como unas grandes aliadas, ya que a través de ellas es posible conciencia acerca del valor del pasado reciente, conectar con los depositarios de estos objetos, y alentar a su documentación. Diversos proyectos patrimoniales a través de redes sociales están trabajando de forma colaborativa para fotografiar y escanear su legado material con el apoyo de su comunidad en red, compartiendo la información y completando de manera participativa el conocimiento de esos bienes.

3.2.4 Las redes sociales como vía de transmisión cultural.

“Para que se tome conciencia del valor de la cultura tradicional y popular y de la necesidad de conservarla, es esencial proceder a una amplia difusión de los elementos que constituyen ese patrimonio cultural” (UNESCO. Recomendación sobre la Salvaguardia de la Cultura Tradicional y Popular. 1989). La difusión es así una de las principales vías para trabajar la recuperación patrimonial de la cultura local y contribuir a su valoración por parte de la población.

En este sentido es evidente que las posibilidades que ofrece Internet para la transmisión cultural son muy amplias en todos los sentidos. El hecho de que sea factible alcanzar sin dificultad una difusión global pone a disposición de personas e instituciones un instrumento muy poderoso para dar a conocer el pasado material e inmaterial de un territorio y dar valor a la comunidad social que lo conforma.

Las redes sociales tienen además otra gran ventaja, como es la facilidad para interactuar con otras personas y, por consiguiente, poder intercambiar ideas, experiencias y opiniones, elemento clave en la transmisión cultural. También es posible colaborar en proyectos comunes y llevarlos a término trabajando en equipo personas que residen a cientos o miles de kilómetros de distancia y que no han tenido más contacto que el virtual.

A efectos de transmisión patrimonial permite hacer partícipes de su disfrute un número potencial de personas infinitamente mayor que los cauces analógicos de transmisión del conocimiento. Y hacerlo además en tiempo real, permitiendo que los usuarios pueden totalmente actualizados sobre

aquellos temas que son de su interés. Se convierten así en elemento un instrumento de primer orden, seguramente el más eficaz, para democratizar y popularizar el acceso la información y conocimiento de los bienes culturales.

Estas formas de transmisión cultural se dan además en una doble vía, pues la comunidad igualmente aporta sus conocimientos y su legado, permitiendo que las instituciones culturales y las investigaciones etnográficas puedan usarlas para recoger información, ideas, datos y opiniones de los usuarios. Los mecanismos de interacción en tiempo real abren un campo amplísimo de actuación, que no tiene más límites que los que imponga la capacidad imaginativa humana.

Por primera vez en la historia hasta las más humildes iniciativas locales de alcanzar difusión mundial, algo materialmente imposible en otros tiempos.

3.3. Medios para la recuperación de la cultura popular a través de las redes sociales

Los entornos virtuales son hoy un campo de estudio e investigación para las ciencias sociales y las humanidades digitales, y diversas metodologías han generado un marco de trabajo para su adecuada investigación cualitativa. La etnografía virtual, la etnografía multisituada, la netnografía, el raspado web (*web scraping*) o el análisis de datos, hacen uso de los medios sociales como un entorno factible de estudio (Jones, 2003; Smith y Kollock, 2003; Hine, 2004, 2005; Falzon, 2009; Kozinets, 2019). Esto posibilita el llevar a cabo proyectos de investigación que superen las limitaciones físicas y temporales y permitan trabajar con diferentes tipos de comunidades en línea.

En relación directa a las posibilidades de las redes sociales en este campo, se pueden establecer varias vías efectivas de trabajo, útiles para documentar y recuperar elementos vinculantes de la cultura popular y de la memoria viva de la colectividad. A grosso modo, las técnicas que se están empleando engloban:

- La observación participante, tanto en directo y en diferido.
- La entrevista a distintos actores sociales, tanto formales como informales.
- La narración o el relato abierto, a través de un modelo de recogida de información en el que la persona relatora, de manera libre y sin intervención, habla sobre sus representaciones mentales en relación a un hecho concreto.
- Las encuesta en línea al conjunto de la comunidad estudiada.
- El análisis de datos, utilizando herramientas de mediación de datos masivos.

Las redes sociales ofrecen variados canales de recogida de datos, de manera general, a través de las interacciones de la comunidad con las publicaciones o con los comentarios; o de manera más

personalizada a través de las herramientas de mensajería asincrónicas, las notas de voz, los chats en directo o las videollamadas, individuales o grupales.

Desde el punto de vista del estudio de la cultura popular estas herramientas pueden ayudar a:

- Identificar y cartografiar las identidades culturales vinculadas a un territorio.
- Unificar y sistematizar todos los datos que puedan aportar las fuentes de información primaria.
- Recuperar y documentar los testimonios de memoria viva de la comunidad.
- Documentar la cultura material, con especial atención al patrimonio documental.
- Recuperar bienes materiales en riesgo de pérdida y desaparición para su conservación y puesta en valor.
- Recuperar los espacios patrimoniales y sitios históricos en los que se refleje de una manera u otra la memoria viva de los lugares.
- Trabajar de manera colaborativa para sistematizar un conocimiento común a través de la memoria colectiva.
- Difundir y poner en valor el legado de la cultura popular sobre el que se está trabajando.

En un ámbito más concreto, las acciones pueden abarcar el estudio y sistematización de gran cantidad de elementos. A modo de ejemplo, se puede trabajar para recopilar las distintas técnicas artesanas de la localidad; para rescatar identidades culturales olvidadas; para compilar elementos de patrimonio inmaterial; para celebrar una fiesta ya olvidada; para documentar la memoria oral; para generar un catálogo de bienes etnográficos; para hacer un compendio de las particularidades lingüísticas de un lugar; o para rescatar fotografías antiguas, identificarlas y documentarlas de manera grupal, entre un sin fin más de posibilidades, pues las redes sociales facilitan trabajar con los actores culturales de un territorio y con las fuentes de información primaria, lo que aporta un gran valor para el desarrollo de investigaciones o proyectos patrimoniales.

En el campo del patrimonio cultural hay que tener presente que las comunidades que se generan en línea no suelen ser la vía exclusiva de comunicación y socialización, sino la representación de unas relaciones y conexiones ya establecidas en el ámbito físico. Eso no implica que todas las personas que participan en este tipo de comunidades tengan una relación directa entre ellas, con el bien patrimonial o con el territorio más allá del entorno digital, pero la comunidad en su conjunto sí genera una dualidad analógica/digital que hace que los estudios que se llevan a cabo en estos medios se enriquezcan si se contrastan o se complementan con las prácticas comunes de la etnografía tradicional.

4. Estudio de caso: Patrimonio de Montefrío.

4.1 Introducción

Patrimonio de Montefrío es una comunidad digital en redes sociales que lleva desde el año 2010 trabajando en la puesta en valor del patrimonio de la localidad. En su desarrollo esta comunidad ha utilizada variedad de opciones y medios digitales para llevar a cabo su labor (web, blogs y distintas redes sociales). En la actualidad el trabajo se centra principalmente en Facebook¹, al ser el canal que mejores resultados está aportando y el lugar donde se encuentra el grueso de la comunidad. Actualmente la página web de Facebook del proyecto engloba a una comunidad de 17.211² usuarios, un dato destacado para una localidad con una población de 5.313 personas³.

Patrimonio de Montefrío es un proyecto ciudadano, sin ningún tipo de filiación institucional. A través de las redes sociales se trabaja, de manera altruista y voluntaria por parte de todos los miembros de la comunidad, para recopilar, conservar y difundir los valores culturales de Montefrío, preservar para el futuro la memoria colectiva del pueblo y activar el patrimonio local como un medio de desarrollo sostenible.

4.2 El marco territorial: Montefrío.

Montefrío es una localidad situada en la provincia de Granada con un gran legado patrimonial. Su riqueza histórica y cultural, su entorno natural y el enorme cúmulo de tradiciones y folklore que ha ido atesorando por el paso del tiempo y de las civilizaciones, hace de este enclave un espacio patrimonial de destacado valor.

En el conjunto histórico de Montefrío, declarado BIC en 1982 (BOE 181/1982, de 30 de Julio), se localizan varios bienes de interés cultural. Restos de la muralla y la fortaleza nazarí, mandada erigir por Yusuf I y encomendada al alarife mayor de la Alhambra. La renacentista Iglesia de la Encarnación, o de la “Villa”, trazada por Diego de Siloé, y que se asentó con audacia en el espacio anteriormente ocupado por la fortaleza musulmana, marcando el inicio de otras obras artísticas de gran envergadura que poco a poco fueron conformando la actual imagen de la localidad. La antigua Ermita de San Sebastián, construida en el siglo XVI. El Antiguo Ayuntamiento situado en la “Casa de los Oficios”, mandado erigir por D. Gil Bartolomé a finales del siglo XVI. La Espadaña del antiguo Hospital de San Juan de los Reyes, fundado en el año 1500 gracias a la donación de D. Juan de Carrión, escudero de los Reyes Católicos. El Convento de franciscanos de San Antonio, obra de gran belleza y teatralidad de época Barroca, en el que destaca su iglesia. El actual Ayuntamiento,

¹ www.facebook.com/patrimoniodemontefrio

² Dato a septiembre de 2021

³ Dato del Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía correspondiente al año 2020.

antigua casa señorial de finales del s. XVIII. El Pósito de grano, erigido en el marco de las reformas Borbónica. Y la original Iglesia redonda de la Encarnación, construida en estilo Neoclásico por Antonio Domingo Lois de Monteagudo.

Aunque el desarrollo histórico del pueblo estuvo ligado al arco fronterizo que separaba el Reino de Granada de los territorios de dominio cristiano, carácter que marcó el desarrollo posterior de la localidad y que puede verse aún hoy reflejado en su arquitectura y entramado urbano, el origen del poblamiento es mucho anterior. Los estudios arqueológicos realizados en el ámbito territorial de Montefrío atestiguan la presencia humana desde tiempos remotos, manteniéndose a lo largo de los siglos a través de diferentes civilizaciones.

Dentro del término municipal de Montefrío se han documentado una serie de yacimientos arqueológicos. En el paraje conocido como “Peñas de los Gitanos” está documentada la presencia humana desde el Neolítico hasta el siglo X sin interrupción, haciendo del lugar un verdadero paraíso arqueológico. La importancia de este territorio queda atestiguada con la declaración de Bien de Interés Cultural (BIC) por el Real Decreto 118/1196, de 26 de Marzo.

El pueblo es rico en tradiciones, con un amplio programa festivo, una cuidada gastronomía y unos modos de vida aún muy enraizados a su territorio y conectados con su pasado más reciente.

Montefrío se localiza en una comarca predominantemente agrícola, siendo el sector primario la base de la economía de una buena parte de la población montefriense. El sector servicios está limitado en la localidad, existiendo una limitada presencia de empresas de desarrollo turístico o cultural.

4.3 La comunidad en línea

Patrimonio de Montefrío es una iniciativa que desde hace una década trabaja con el objetivo de poner en valor el patrimonio local mediante la creación de una comunidad *online*. Su planteamiento se basa en actuar en el ámbito local para llegar a través de Internet a una audiencia global.

Miles de fotografías antiguas, documentos, refranes y dichos populares, cuentos y leyendas, recetas de la gastronomía tradicional, coplas, personajes relevantes, recortes antiguos de prensa y un largo etcétera de elementos culturales o etnográficos han sido ya recopilados gracias al incondicional apoyo de todas las personas que forman la comunidad y que generosamente buscan en sus casas o en su memoria para aportar a este proyecto colectivo. Todo este copioso material se está clasificando y documentando, para asegurar su preservación futura y ponerlo a disposición de todas las personas y colectivos que los puedan necesitar. Esta labor está dando ya lugar a la publicación de libros y trabajos de investigación que tienen como base este archivo documental colaborativo.

En palabras de Marisol Vílchez, administradora de la comunidad, la colaboración ciudadana y su implicación es la clave en este proyecto de recuperación patrimonial. “Crear una comunidad centrada en el patrimonio montefriño es posible gracias a todas las personas que a diario se involucran en aportar información, están atentos a cualquier noticia y ofrecen cuantos documentos fotos o papeles de interés encuentran en sus casas. Somos conscientes que gracias a este proyecto se han abierto muchos armarios antiguos, se han revuelto muchas arcas y se ha sacado a la luz el contenido de bastantes cajas olvidadas, contenedoras de pequeños tesoros en papel. Y con todo ello, estamos reconstruyendo la historia más cercana de Montefrío. Es, en definitiva, la labor de todo un pueblo en el rescate de su pasado. Son tantos los amigos y amigas que nos prestan su colaboración que sería una lista interminable de nombres. Los que diariamente nos ayudan a identificar a algunas personas, lugares o fechas que, por su antigüedad y falta de datos, desconocemos; los que siempre están dispuestos a restaurar fotos antiguas, a elaborar diseños gráficos, a sacar alguna imagen con la que se encuentren, a comprar en el extenso mercado de Internet documentos, láminas, cartas, sellos y cualquier cosa que tenga que ver con Montefrío, para ponerlo a continuación a disposición de la comunidad. Patrimonio de Montefrío es, por encima de todo, las personas que lo componen”.

En la actualidad en esta comunidad se han recopilado más de 1.500 fotografías antiguas del pueblo en las que se recogen festividades, ferias, celebraciones religiosas y litúrgicas, escenas cotidianas y familiares, personajes, calles, monumentos, trabajos del campo y un largo etcétera. Estas fotografías se han compartido a través de Facebook y se han documentado gracias a la colaboración ciudadana, que ha servido para identificar a sus protagonistas, ubicar

cronológicamente las imágenes o informar acerca de los elementos que aparecen en las



instantáneas.

Figura 1: fotografías del pueblo recopiladas en el proyecto de Patrimonio de Montefrío.

Se trabajó igualmente en la documentación de las antiguas costumbres del pueblo; se recogen coplas, refranes, versos y dichos populares; se recopilan las leyendas y cuentos tradicionales de la localidad, así como distintos elementos asociados a la gastronomía y etnografía de Montefrío. El objetivo es preservar la memoria reciente para evitar que estos elementos culturales se pierdan con el paso del tiempo.

La cultura material igualmente tiene cabida en este campo de acción, y se recopilan documentos antiguos relacionados con el pueblo aportados de forma colaborativa por los miembros de la comunidad. De esta manera se está haciendo un compendio de cientos de estampas antiguas, programas de las fiestas, cartas y manuscritos, recortes de prensa, recordatorios nacimiento, de primera comunión y de defunciones, y un largo etcétera de documentos que sirven para investigar sobre la historia reciente del pueblo.



Figura 2: patrimonio documental recopilado en el proyecto de Patrimonio de Montefrío.

Esta labor ha comenzado a dar diversos frutos, entre ellos la publicación del libro “Montefrío en blanco y negro” en el que se recoge una selección de las fotografías recopiladas a través de Facebook. En total son 300 fotografías que abarcan desde principios del siglo XIX hasta los años 70 del XX, organizadas en capítulos temáticos en los que se trata el trabajo en el campo, la escuela, las festividades más destacadas, las calles del pueblo, etc. El libro no es solo una sucesión de imágenes, sino también una reconstrucción de la historia que en ellas se cuenta, por lo que cada capítulo está precedido de una breve explicación narrada por distintos vecinos del pueblo vinculados al tema que se trata. Es así una obra colaborativa que recopila un legado material y que rescata la memoria colectiva de un pueblo a través del relato directo de los protagonistas. Rafael García Ávila, concejal de Cultura del Ayuntamiento de Montefrío en ese momento, escribe en el prólogo del libro: “este libro que tienes ahora entre tus manos es el trabajo más serio y riguroso que se ha realizado sobre la historia social de Montefrío. Es un grito de libertad y de nostalgia. Es un espejo de reconocimiento por parte de todos a un grupo social y a una comunidad. Es un proceso de decantación cultural y su posterior hibridación, que transforma el pasado para incorporarlo al presente y supone una vinculación entre las generaciones. Este sustrato inmaterial, esta historia en fotografías es la base que sustenta el otro patrimonio cultural y material y la fusión de ambos provoca

un sentimiento de identidad, de pertenencia a un grupo (...) Sería imposible enumerar la cantidad de fotos, textos, poemas, relatos, documentos, etc. que (Patrimonio de Montefrío) tiene archivados, pero lo que sería imposible realmente de contar es la interminable lista de sonrisas, nostalgias, sueños y amores perdidos que provoca en la legión de montefrieños que día a día esperan, al igual que nuestros olivos el agua, esa foto, esa noticia, ese recuerdo. Patrimonio de Montefrío se ha convertido en el fenómeno “extramuros” más relevante de los últimos años, con el mayor de los sentimientos que se puede tener hacia la sociedad, el orgullo de ser montefrieños. Muestra de ello es el elenco de colaboradores y amigos de una idea, la idea de Patrimonio de Montefrío”



Figura 3: fotografías del pueblo recopiladas en el proyecto de Patrimonio de Montefrío.

El caso de Patrimonio de Montefrío es un ejemplo de proyecto patrimonial cuyo principal vehículo de articulación ha sido las redes sociales, mostrando así la interesante labor de recuperación patrimonial que se puede llevar a cabo a través de estos medios.

4.4 Análisis de datos.

Para comprender más objetivamente el fenómeno de Patrimonio de Montefrío se han analizado dos grupos de datos, por un lado, los que las propias estadísticas internas de Facebook ofrece; y por otros los resultantes de una encuesta online a la comunidad.

Las estadísticas de la página de Facebook nos muestran en primer lugar que es una comunidad con un alto nivel de *engagement*, lo que nos habla del nivel de implicación y compromiso de sus usuarios que de manera activa reaccionan ante las publicaciones, comentan y comparten. A modo de ejemplo, en el tercer trimestre de 2021 la media de personas alcanzadas ascendió a 212.512 para, recordemos, una comunidad de 17.211 usuarios y un pueblo de 5.313 habitantes. La interacción en este mismo periodo llegó a las 162.477 personas, un nivel de impacto significativo que igualmente nos habla del dinamismo de este espacio social y de la participación de sus miembros. Estos datos ejemplifican el concepto de trabajar en local y pensar en global, tan extendido en las recomendaciones sobre la puesta en valor del patrimonio rural.

Los usuarios de esta página están ubicados en 43 países diferentes, además de España, con miembros que viven en Japón, en Estados Unidos, en Canadá, en Brasil, en Noruega, en Puerto Rico, etc. Se presupone que una mayoría de ellos deben tener algún tipo de filiación con el pueblo. Teniendo en cuenta que Montefrío en los años 30 del siglo XX tenía una población de más de 14.000 personas y que el pueblo ha sufrido un proceso de emigración bastante acentuado hasta reducir su población a mucho menos de la mitad, cabe suponer que buena parte de las personas que se conectan con la página son parte de esos migrantes, o fa que a lo largo de los años fueron abandonando la localidad, y sus descendientes directos.

En cuanto a las características sociodemográficas de los usuarios de la comunidad, es significativo como son fundamentalmente usuarias. Las mujeres entre 45 y 54 años representan el grupo más numeroso, seguido muy de cerca por el grupo de mujeres de 55 a 64 años. En esta comunidad se observa que la media de edad es más elevada que la habitual en espacios digitales, promedio situado en 39 años en España, según el estudio Estudio de IAB / Adglow / Elogia.

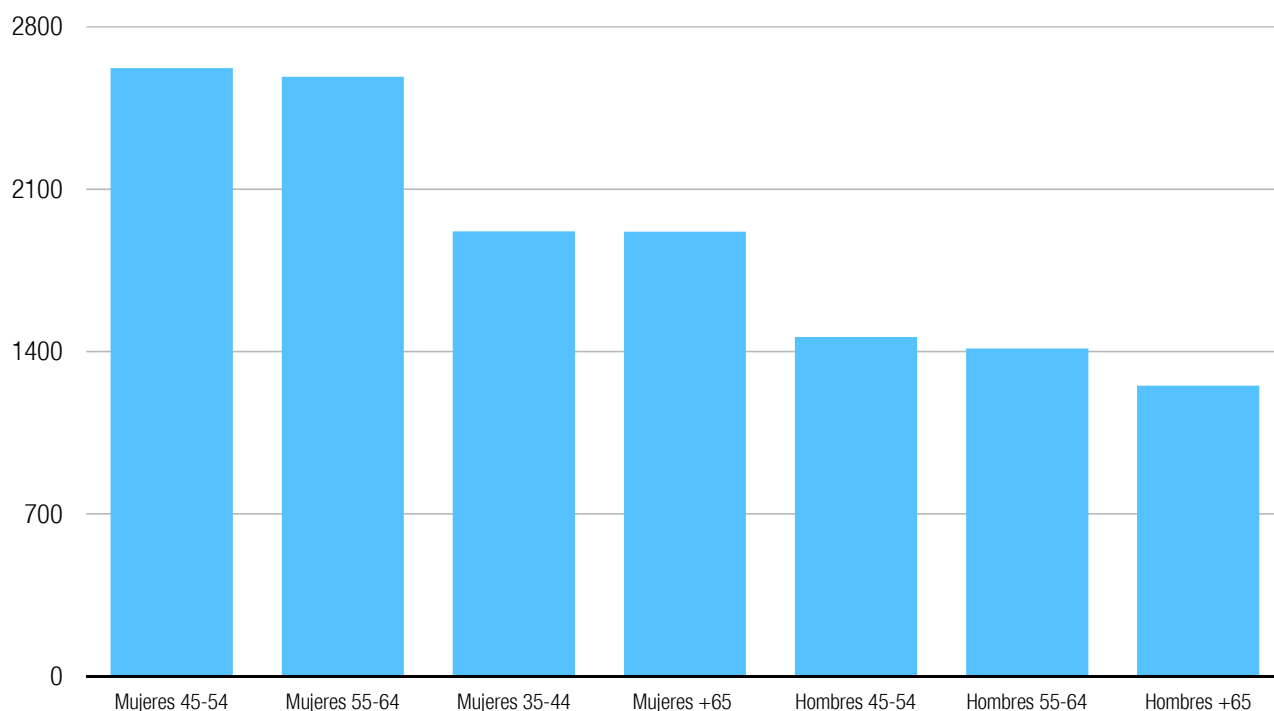


Figura 4: Gráfica de los principales grupos de usuarios en Facebook de Patrimonio de Montefrío por sexo y edad.

Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por la plataforma.

El segundo grupo de datos analizados son el resultado de una encuesta en línea realizada específicamente para este estudio, en el que se preguntaba a la comunidad acerca de la labor de recuperación patrimonial que en la misma se realiza. Para determinar el tamaño de la muestra a analizar se ha tomado como base el número de usuarios de la red (17.211) y aplicado la fórmula $Z^2 * (p) * (1-p) / c^2$. Donde Z representa el nivel de confianza, fijado en un 95%; p es igual a proporción esperada (en este caso 5% = 0.05); y c es igual al margen de error (en este caso fijado en un .05 = ±5). Esto nos da una como resultado una muestra fiable necesaria de 377 personas, punto que se fijó como objetivo a la hora de realizar la encuesta. Finalmente, esta fue contestada por 504 personas.

En esta encuesta el primer punto por el que se preguntaba era por la consideración que tenían de la comunidad como un agente de recuperación patrimonial. En este sentido el 92,7% de los encuestados consideró muy útil el trabajo que se lleva a cabo para poner en valor el patrimonio de la localidad.

¿Cómo valoras la labor de Patrimonio de Montefrío a la hora de dar a conocer el patrimonio y las costumbres del pueblo?

504 respuestas

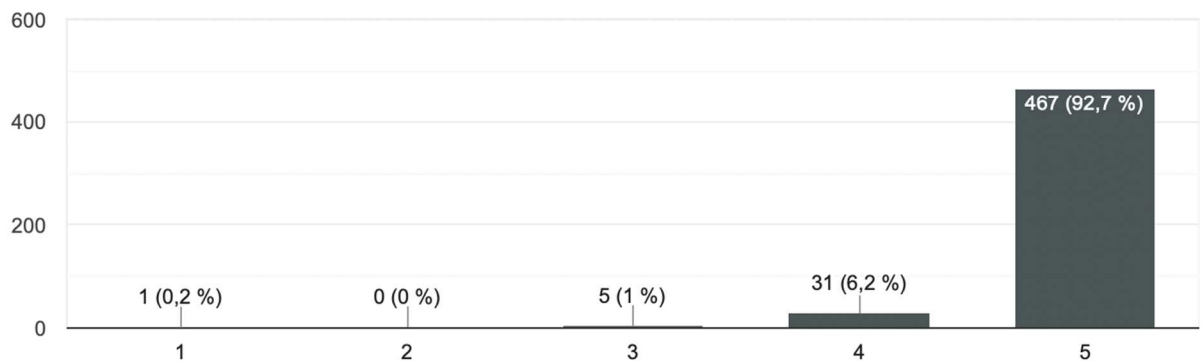


Figura 5: Encuesta a la comunidad de Facebook de Patrimonio de Montefrío.
Elaboración propia.

La segunda cuestión planteada alude a la utilidad de hacer uso de Facebook como una herramienta de compilación patrimonial, con una proporción de 89,9% de los encuestados que lo consideran

¿Crees que es útil utilizar Facebook para recopilar elementos de la cultura popular montefriense como fotografías antiguas, gastronomía, tradiciones...?

504 respuestas

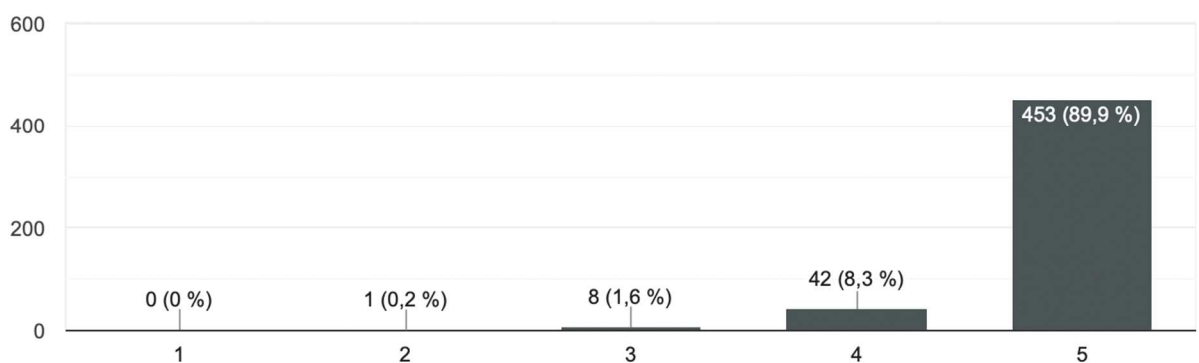
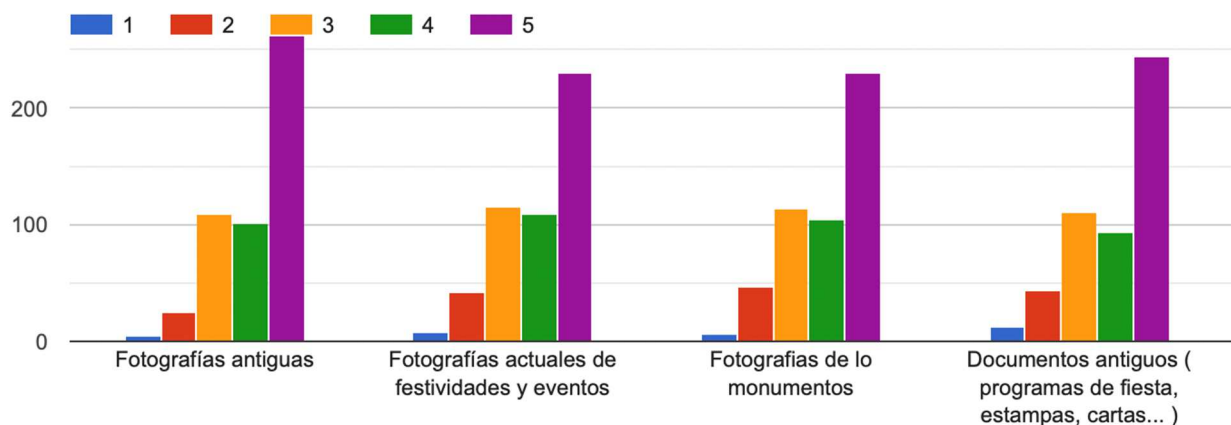


Figura 6: Encuesta a la comunidad de Facebook de Patrimonio de Montefrío.
Elaboración propia.

La tercera cuestión hace referencia a algunos de los tipos de contenidos que se divulgan en la página, para conocer los principales intereses de los usuarios de la misma. Aunque en general todas

las categorías propuestas son valoradas con una puntuación alta por parte de los usuarios, las relacionadas con las fotografías antiguas y con las curiosidades de la población son las que

¿Qué contenidos de Patrimonio de Montefrío te resultan más interesantes?



despiertan el mayor interés.

Figura 7: Encuesta a la comunidad de Facebook de Patrimonio de Montefrío. Elaboración propia.

¿Qué contenidos de Patrimonio de Montefrío te resultan más interesantes?

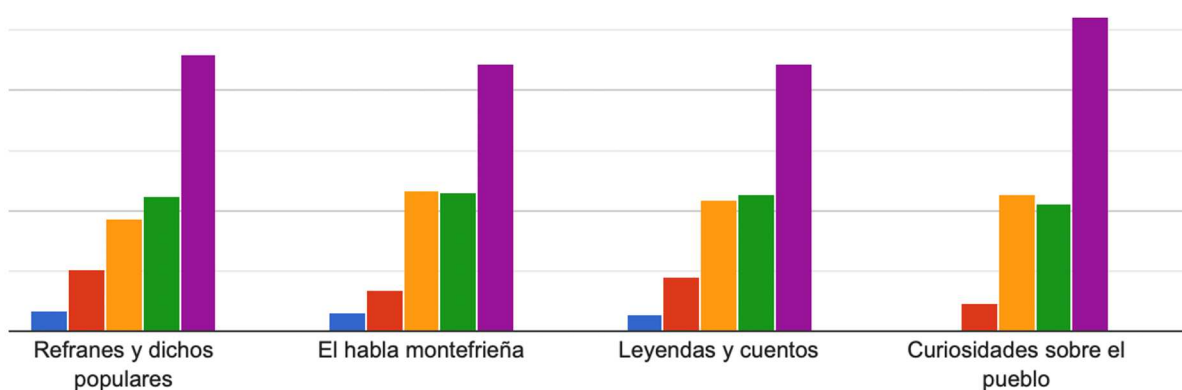
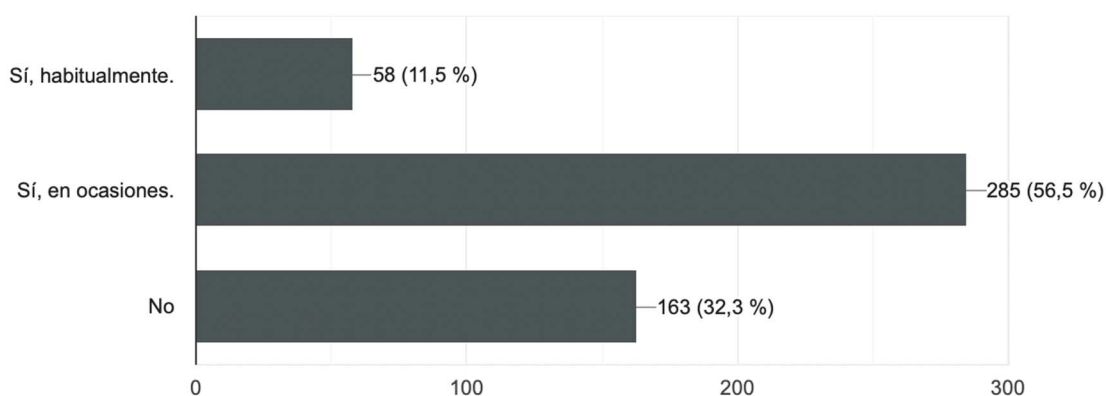


Figura 8: Encuesta a la comunidad de Facebook de Patrimonio de Montefrío. Elaboración propia.

Para conocer el grado de participación de la comunidad en el trabajo de recuperación patrimonial se le preguntó directamente acerca de su colaboración en el mismo. Más de la mitad de los encuestados, el 56,5%, considera que contribuye de manera ocasional, frente a un 11,5% que afirma hacerlo habitualmente y un 32,3% que no colabora de manera activa. El resultado indica un muy alto grado de participación de la comunidad, pues ciertamente se trata de una red muy activa, con muchas personas que contribuyen, colaboran y generan contenido. Sin embargo, es conveniente matizar estos resultados tan óptimos, ya que probablemente no sean extrapolables al conjunto de usuarios. Las personas que normalmente más colaboran son a su vez las que se muestran más participativas para realizar cualquier acción que se le proponga, como puede ser el

¿Has colaborado alguna vez con Patrimonio de Montefrío enviando fotografías o aportando información (en mensajes, comentarios, etc)?

504 respuestas



contestar la presente encuesta, lo que probablemente incide directamente en este resultado.

Figura 9: Encuesta a la comunidad de Facebook de Patrimonio de Montefrío.
Elaboración propia.

Por último, se hicieron dos preguntas cuyo fin era conocer características sociodemográficas de los usuarios, en concreto su edad y si residen o no en la localidad. Los resultados de estas cuestiones desprenden elementos significativos para su análisis.

En primer lugar, en relación a la edad hay que destacar que el grueso de la comunidad está formada por personas entre 45 y 60 años, representando un tercio del total. Le sigue muy de cerca el grupo de población entre 60 y 70 años y entre 30 y 45. Es destacable igualmente la destacada presencia de personas mayores de 70 años, que representan un 7,6% del total, por encima del grupo de edad comprendido entre 20 y 30 años. Estos datos se corresponden con los de las estadísticas de la página ofrecidas por Facebook y nos muestra una comunidad en el que papel que juegan las personas de mayor edad, y principales valedores de la memoria viva del pueblo, es muy significativo. El alto grado de participación se deba probablemente al papel activo que juegan estos

grupos de edad que tanto pueden aportar en la recuperación patrimonial y puesta en valor de la cultura popular.

¿Qué edad tienes?

503 respuestas

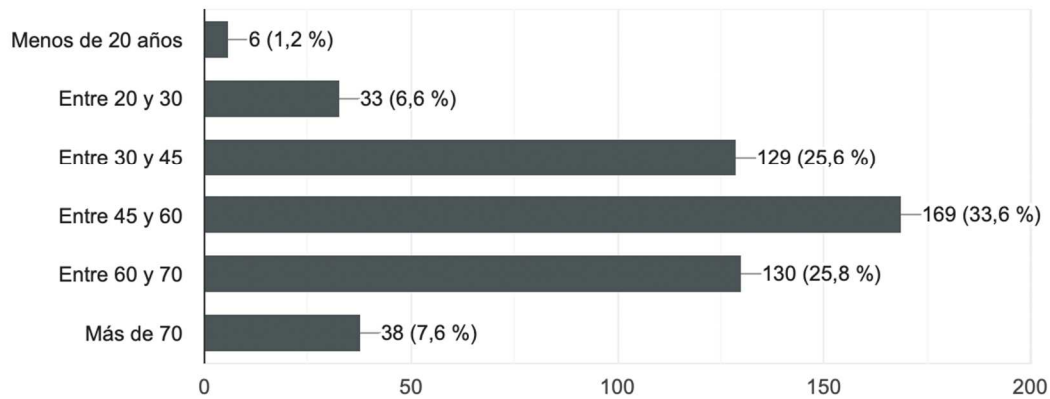


Figura 10: Encuesta a la comunidad de Facebook de Patrimonio de Montefrío.
Elaboración propia.

La segunda cuestión atañe al lugar de residencia de los usuarios, con unos datos también significativos, pues casi la mitad de los encuestados, el 42,7%, afirma vivir fuera del pueblo. Esto aporta valor al papel que juegan las redes sociales como un medio para que personas migrantes, y sus descendientes, puedan seguir vinculados a su entorno geográfico original, elemento muy importante en término de identidad cultural.

¿Vives actualmente en Montefrío?

504 respuestas

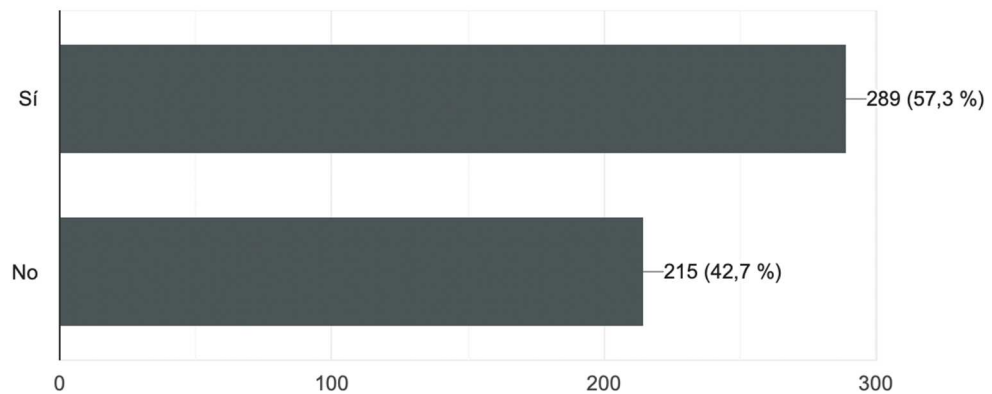


Figura 11: Encuesta a la comunidad de Facebook de Patrimonio de Montefrío.
Elaboración propia.

5. Conclusión

Las identidades culturales se encuentran en un proceso continuo de cambio y de evolución que forma parte de su propio desarrollo natural. La globalización ha aumentado de forma exponencial estas transformaciones, dando lugar a que de forma acelerada muchos elementos de la vida cotidiana, que apenas hace una generación estaban en uso, hoy prácticamente hayan desaparecido. Tratar de frenar estos procesos para congelar en el tiempo una serie de manifestaciones culturales supondría una forma artificiosa de mantener unas realidades que las propias comunidades ya no sustentan. Sin embargo, existen fórmulas para intentar que no caigan en el olvido, y para ello tanto la tecnología como la mundialización en la que estamos inmersos pueden también ser grandes aliadas.

Generar proyecto de difusión cultural a través de Internet y redes sociales para mantener viva la memoria colectiva de las comunidades más frágiles (subculturas, comunidades locales, pequeños núcleos poblacionales, etc.), se presenta como una medida que está siendo eficaz para poner en valor o incluso recuperar de forma activa muchos elementos de la cultura popular prácticamente olvidados. Los nuevos medios sirven además como herramientas eficaces para trabajar con la memoria colectiva e investigar el pasado reciente. Desarrollar proyectos por estas vías constituye actualmente un camino que puede ofrecer grandes posibilidades para mantener vivo, si las

dinámicas sociales así lo hacen posible, o documentar, si no, el patrimonio de la cultura popular tanto material e inmaterial.

6. Bibliografía

AGUILAR PIÑAL, F. (1972): Romancero popular del siglo XVIII, Madrid: CSIC.

AGUDO TORRICO, J. (1999): Patrimonio etnológico e inventarios. Inventarios para conocer, inventarios para intervenir, en Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio, Sevilla, Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, pp. 52-69.

AGUDO TORRICO, J. (2003): Patrimonio y derechos colectivos, en Hernández y Quintero: Antropología y Patrimonio: Investigación, documentación e intervención, Granada, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, Comares, pp. 12-29.

AGUDO TORRICO, J. (2005): Patrimonio etnológico: recreación de identidades y cuestiones de mercado”, PH Cuadernos 17: 197-213.

ALÍA MIRANDA, F. (2016): Métodos de investigación histórica, Madrid: Editorial Síntesis.

ALONSO SANCHEZ, J. CASTELLANO GÁMEZ, M. (coord.) (2008): La gestión del patrimonio cultural. Apuntes y casos prácticos en el contexto rural andaluz. Asociación para el desarrollo rural de Andalucía. Sevilla.

ALONSO PONGA, J.L. (2009): La construcción mental del Patrimonio Inmaterial, Patrimonio Cultural de España 0: 42-61.

ALVAR, M; LLORENTE, A.; y SALVADOR, G. (1961-1973): Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía, Madrid: Universidad de Granada y CSIC.

ALVAR, M. (Dir.), (2007): Manual de dialectología hispánica: el español de España, Barcelona: Ariel Lingüística.

ARDÈVOL, E. (2003) “La cibercultura: un mapa de viaje; aproximaciones teóricas para un análisis cultural de Internet”, Aportaciones al Seminario Pensar la Cibercultura, Antropología y Filosofía del Nuevo Mundo (Digital). Fundación Duques de Soria.

http://eardevol.files.wordpress.com/2008/10/eardevol_cibercultura.pdf (Consulta: 10-8-2021).

ARDÈVOL, E.; BERTRÁN, M.; CALLÉN, B.; PÉREZ, C. (2003). “Etnografía virtualizada: la observación participante y la entrevista semiestructurada en línea”, en: Athenea Digital, Primavera, 72-92. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=53700305> (Consulta: 10-8-2021).

ARRARTE, G. (2011): Las tecnologías de la información en la enseñanza de la información, Madrid: Arco Libros.

AAVV. Anuario para el rescate para la tradición oral de América Latina y el Caribe 1999. Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para América Latina y el La Habana, Cuba.

BARAÑANO, A. Las diversidades estereotipadas construidas por el patrimonio cultural inmaterial en la Unión Europea. Revista de Estudios Europeos, n. 73, enero-junio, 2019

BARAÑANO, A., CÁTEDRA, M., GARCÍA GARCÍA, J. L. et al. (eds.) (2007): Diccionario de Relaciones Interculturales. Diversidad y globalización, Madrid, Complutense.

BAUMAN, Z. (2003): Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil. Madrid: Siglo XXI.

BEALS, AI R. (1971): Antropología cultural. México : Editorial Pax..

BENEDICT, R. (1939): El hombre y la cultura. Buenos Aires : Editorial Suramericana.

BOELLSTORFF, T., NARDI, B., PEARCE, C.; TAYLOR, T.L. (2012). Ethnography and virtual worlds. A handbook of method. Oxford: Princeton.

BOURDIEU, P. (1997): Capital Cultural, Escuela y Espacio Social, Madrid, Siglo XXI Editores.

BOURDIEU, P. (2005): Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario. Barcelona: Anagrama.

BRUGMAN, F. (2005): “La Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial”, PH Cuadernos 17: 54-66.

CABRERA DE LA TORRE, M. (2003): Diccionario gastronómico andaluz, Sevilla: Centro Andaluz del Libro.

CABRERA PAZ, J. (2019): “Náufragos y navegantes en territorios hipermediales: experiencias psicosociales y prácticas culturales en la apropiación del Internet en jóvenes escolares”, en M. BONILLA y G. CLICHÉ (eds.): Internet y Sociedad en América Latina y el Caribe, FLACSO Ecuador/IDRC, Quito.

CABRERA PAZ, J. (2020). Perspectivas teóricas de Cibercultura, y su aplicación en espacios educativos. Gazeta de Antropología. <https://doi.org/10.30827/digibug.26479> (Consulta: 28-7-2021).

CARRERA DÍAZ, G. (2005): “La evolución del patrimonio (inter)cultural: políticas culturales para la diversidad”, PH Cuadernos 17: 14-29.

CAPEL, J. C. y otros (1982): Manual de la matanza, Madrid: Ediciones Penthalon.

CARRERA DÍAZ, G. (2009): “Iniciativas para la salvaguardia del Patrimonio Inmaterial en el contexto de la Convención UNESCO, 2003: una propuesta desde Andalucía”, Patrimonio Cultural de España 0: 179-195.

- CARRERA DÍAZ, G. (2009): "Atlas del Patrimonio Inmaterial de Andalucía. Puntos de partida, objetivos y criterios técnicos y metodológicos", Revista PH 71: 18-41.
- CARRETERO PÉREZ, A. (1999): "Patrimonio etnográfico, teórico y práctico", Anuario Etnológico de Andalucía 1995-1997: 273-277.
- CARVAJAL, A. (2010): Contrapunteo etnológico: el debate aculturación o transculturación desde Fernando Ortiz hasta nuestros días. Kálathos, Revista Transdisciplinaria Metro-Inter. 4 (2): 1-22.
- CARVALHO, J. J. (2002): La Mirada Etnográfica y la Voz Subalterna. Revista Colombiana de Antropología, 38: 287-328.
- CASTELLS, M. (2001): La Galaxia Internet. Barcelona: Areté.
- CASTELLS, M. (2002): La dimensión cultural de internet. Ponencia impartida en el ciclo de debates culturales "Cultura XXI: ¿nueva economía?, ¿nueva sociedad?" organizado por la UOC y el Institut de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona. <http://www.uoc.edu/culturaxxi/esp/articulos/castells0502/castells0502.htm> (Consulta: 28-8-2021).
- CASTELLS, M. (2004): La era de la información: economía, sociedad y cultura. Madrid, Siglo XXI.
- CASTELLS, M. (2006): La sociedad red: una visión global. Madrid, Alianza Editorial.
- CLIFFORD, J. (1999): Itinerarios transculturales. Barcelona: Gedisa
- CASAS DELGADO, I. (2012): Romances con acento andaluz: el éxito de la prensa popular (1750-1850), Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- COMPTE, M. (2017): Los oficios de antaño, Madrid: Alba Libros.
- CORTES CARRERES, S; GARCÍA PERALES, V. (2009): La historia interna del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica: correspondencia (1910-1976), Valencia: Universitat de València.
- COSERIU, E. (1978): Sincronía, diacronía e historia: el problema del cambio lingüístico, Madrid: Gredos.
- DIAZ DE RADA, A. (2010): La lógica de la investigación etnográfica y la mediación computacional de la comunicación. Revista Chilena de Antropología Visual, nº 15: 40-57.
- DURANTI, A. (2000): Antropología lingüística, Madrid: Cambridge University Press.
- ELIOT, T.S. (2003): La unidad de la cultura europea. Notas para la definición de la cultura. Encuentro. Madrid.
- ELIADE, M. (1983): Lo sagrado y lo profano. Barcelona: Labor.
- ESTALELLA, A.; ARDÈVOL, E. (2010): Internet: instrumento de investigación y campo de estudio para la antropología visual, Revista Chilena de Antropología Visual, nº 15: 1-21.
- ESCOBAR, A. (2005): Bienvenidos a Cyberia. Notas para una Antropología de la Cibercultura, Revista de estudios sociales, nº 22: 15-35.
- FERRER, A. (1999): Historia de la globalización: la revolución industrial y el segundo orden mundial. Buenos Aires: Fondo De Cultura Económica.
- FALZON, M. A. (2009). Multi-sited Ethnography. Theory, praxis and locality in contemporary research. Burlington: Ashgate.
- FRIEDMAN, J. (2001): Identidad cultural y proceso global. Buenos, Aires: Amorrortu.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1982): Las culturas populares en el capitalismo, México, Nueva Imagen.

- GARCÍA CANCLINI, N. (1999): Los usos sociales del Patrimonio Cultural, en Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio, Sevilla, Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, pp. 16-33.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2004): ¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?, Diálogos en acción 1:153-165.
- GARCÍA GARCÍA, J.L. (1998): De la cultura como patrimonio al patrimonio cultural. Política y Sociedad, 27: 9-20.
- GARCÍA GARCÍA, J.L.; BARAÑANO, A. (Eds.), (2003): Culturas en contacto. Encuentros y desencuentros. Madrid: Secretaría General Técnica. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- GARCÍA MOUTON, P.; MORENO FERNÁNDEZ, F. (2003): Atlas Lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha, Universidad de Alcalá, <<http://www2.uah.es/alecman>> (Consulta: 15-9-2021).
- GEERTZ, C. (1989): La interpretación de las culturas. Barcelona, Gedisa.
- GÓMEZ SÁNCHEZ; R. (2017): El habla de Montefrío. Montefrío. Asociación de Estudios Montefrieños.
- GÓMEZ VÍLCHEZ; MS (2012): Museos españoles y redes sociales. Telos: Cuadernos de comunicación e innovación, Nº. 90, págs. 79-86.
- GRACIA VICIEN, L. (1978): Juegos tradicionales aragoneses, I, II, Zaragoza: Librería General.
- GRIMSON, a. et al. (2010). Respuestas a un cuestionario: posiciones y situaciones. En: Richard , N.(ed.), En torno a los estudios culturales: localidades, trayectorias y disputas. Santiago: Argentina: Red de Estudios y Políticas Culturales, Editorial arCis, ClaCso.
- GROS, B.; CONTRERAS, D. (2006)“ La alfabetización digital y el desarrollo de competencias ciudadanas”, Revista iberoamericana de educación, nº 42: 103-125
- GROSSBERG, I. (2006). El corazón de los estudios culturales: contextualidad, construccionismo y complejidad. Tabula Rasa. 10: 13-48.
- GUICHOT Y SIERRA, A. (1999): Noticia histórica del folklore, Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Educación y Ciencia.ç
- GUILLÈN MARCOS, E. (2001): Montefrío. Granada. Guías de Historia y Arte. Granada.
- HARRIS, M. (1982) El materialismo cultural. Madrid: Alianza Editorial.
- HELD, D. et al. (2002): Transformaciones globales: política, economía y cultura; Oxford University Press. México.
- HILTZ, S. R. y TUROFF, M. (1993): The Network Nation: Human Communication via Computer (1978), MIT Press, MA, Cambridge.
- HINE, C. (2004): Etnografía virtual, Ed. UOC, Barcelona.
- HINE, C. (2015). Ethnography for the Internet. Embedded, embodied and everyday. Great Britain: Bloomsbury.
- HOWARD, P.N. (2002):“ Network ethnography and the hypermedia organization: new media, new organizations, new methods”, New media & society, nº 4: 550-574.
- JUNYENT FIGUERAS, M.C.; COMELLAS CASANOVA, P. (2019): Antropología lingüística, Madrid: Editorial Síntesis.
- KOZINETS, RV. (2019): Netnography. The Essential Guide to Qualitative Social Media Research. SAGE Publications Ltd

- KOTTAK, C. P. (1994): Antropología. Madrid : Mc. Graw Hill.
- LÉVY, P. (1999a): ¿Qué es lo virtual? Barcelona, Paidós.
- LÉVY, P. (1999b): Collective intelligence: mankind's emerging world in cyberspace. Cambridge, MA, Perseus.
- LÉVY, P. (2001): Cyberculture. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- LINARES PALMA, J. (1964): "El Castillo de Montefrío". Castillos de España, 44 (1964), pp. 15-42.
- LINARES PÉREZ, M. A. (1998): Montefrío, Tierra y gente. Málaga, Grupo Editorial Universitario.
- LÓPEZ MORALES, H. (2004): Sociolingüística, Madrid: Gredos.
- LÓPEZ VALLEDOR, F. (1999): Literatura de tradición oral nos Coutos (Ibias), Asturias: Xeira.
- MACGREGOR , B. (2002):" Cybernetic Serendipity Revisited". School of Visual Communication. Edinburgh.
- MACHADO Y ÁLVAREZ, A. (1975): Colección de cantes flamencos, Madrid: Ediciones Demófilo.
- MALINOWSKI, B. (1975). Los Argonautas del Pacífico occidental. Barcelona: Península.
- MALINOWSKI, B. (1983). Introducción a contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. La Habana: Editorial de Ciencias sociales.
- MARTÍN NICOLÁS, J.C. (2002): Juegos tradicionales y deportes autóctonos de Castilla y León, León: Universidad de León.
- MESKELL, L. (2004): Objects Worlds in Ancient Egypt. Material Biographies Past and Present. Londres y Nueva York: Berg.
- MESKELL, L. (2005): Introduction: Object Orientations», en Archaeologies of Materiality, Lynn Meskell, ed., pp. 1-17. Oxford: Blackwell.
- MALDONADO, T. (1997): Critica della ragione informatica, Milán: Feltrinelli.
- MORENO FERNÁNDEZ, F. (2009): Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje, Barcelona: Ariel Letras.
- MORENO MARTÍNEZ, R. (1998): Juegos tradicionales de nuestra niñez, Valladolid: Ámbito Ediciones.
- MONEREO I FON, C. (2005): Internet y competencias básicas: aprender a colaborar, a comunicarse, a participar, a aprender. Barcelona, Grao.
- MORLEY, D.(2005): Pertenencias. Lugar; espacio e identidad en un mundo mediatizado, en L. ARFUCH (comp.): Pensar este tiempo. Espacios. Afectos y pertenencias, Paidós, Buenos Aires; págs. 129-168.
- MOLINUEVO, J.L. (2006). La vida en tiempo real. La crisis de las utopías digitales. Madrid, Biblioteca Nueva
- MOVSICHOFF, P. (1987): A la una sale la luna: juegos tradicionales infantiles, Buenos Aires: Ediciones del sol.
- OLÓRIZ AGUILERA, F. (1995): Diario de la expedición antropológica a la Alpujarra en 1894, Granada: Fundación Caja de Granada e Iniciativas Líder Alpujarra.
- ONIEVA MARIEGES, J.M. (1977): El municipio de Montefrío. Estudio geográfico. Granada, Universidad de Granada.

- ORTIZ, F. (1983): *Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales de Cuba.
- PABLOS PONS, J. de (2008): Algunas reflexiones sobre las tecnologías digitales y su impacto social y educativo, *Quaderns digitals: Revista de Nuevas Tecnologías y Sociedad*, nº 51. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2566547> (Consulta: 28-7-2021).
- PÉREZ TAPIAS, J. A.. (2003) *Internautas y naufragos, la búsqueda de sentido en la cultura digital*, Madrid: Editorial Trotta.
- PÉREZ-VALENZUELA VALENZUELA, J. (2007): *La Villa de Montefrío: su historia y sus gentes*. Edita Ayto. Montefrío.
- PISCITELLI, A. (2002): *Ciberculturas 2.0: en la era de las máquinas inteligentes*. Buenos Aires, Paidós.
- PISCITELLI, A. (2006): Nativos e inmigrantes digitales. ¿Brecha generacional, brecha cognitiva, o las dos juntas y más aún?, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 11(028): 179-185.
- PODETTI, R. (2004): *Mestizaje y transculturación: la propuesta latinoamericana de globalización*. Comunicación presentada en el Vi Corredor de las ideas del Cono sur, 11-13 marzo, Montevideo, Uruguay.
- PRENSKY, M. (2001a): *Digital Natives, Digital Immigrants*, NCB University Press, 9(5).
- PRENSKY, M. (2001b): *Do They Really Think Differently?*, NCB University Press, 9(6).
- PRENSKY, M. (2004): *The death of command and control?*, Technology Alliance Partners. <http://www.marcprensky.com/writing/Prensky-SNS-01-20-04.pdf> (Consulta: 16-7-2021).
- POLLARD, J. (2008): «Deposition and Material Agency in the Early Neolithic of Southern Britain», en *Memory Work. Archaeologies of Material Practices*, Barbara J. Mills y William H. Walker, eds., pp. 41-59. Santa Fe: School of American Research Press.
- PUIGCERCÓS, Raquel & Rivera Vargas, Pablo & Alonso, Cristina. (2019). *Comunidades virtuales: dinámicas emergentes de participación social y aprendizaje entre los jóvenes*. Education in the Knowledge Society (EKS).
- QUEROL, M. A. (2009): El tratamiento de los bienes inmateriales en las leyes de Patrimonio Cultural, *Patrimonio Cultural de España* 0: 71-110.
- QUEROL, M. A. (2010): *Manual de Gestión del Patrimonio Cultural*, Madrid, Akal.
- RHEINGOLD, H. (2001): *La Comunidad Virtual: Una Sociedad sin Fronteras*. Barcelona: Gedisa.
- RHEINGOLD, H. (2003): *Smart Mobs: The Next Social Revolution*. Cambridge, Basic Books.
- RHEINGOLD, H. (2004): *Multitudes inteligentes: la próxima revolución social*. Barcelona, Gedisa.
- RHEINGOLD, H. (2011): *Net Smart: How to Thrive Online*. Cambridge, MIT Press.
- RIVEREND, J. (1983): Estudio preliminar. En: Ortiz, F. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. la Habana: Editorial de Ciencias sociales.
- ROBERTSON, R. (2000):“ Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad”. *Zona Abierta*, 92-93: 213-241.
- RODRÍGUEZ BECERRA, S. (1981). *Aproximación a las creencias populares en Andalucía*.Boletín de la Asociación de Profesores de Español. 24. 21-29.

- RODRÍGUEZ BECERRA, S. (2021): El folklore, ciencia del saber popular. Historia y estado actual en Andalucía, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. www.cervantesvirtual.com (Consulta: 2-9-2021).
- SÁEZ VACAS; F. (2004). Más allá de Internet. La Red Universal Digital. Ed. Ramón Areces, Madrid.
- SAID, E. W. (1996): Cultura e Imperialismo. Barcelona: Anagrama.
- SHIELDS, R. (1996): Introduction: Virtual Spaces, Real Histories, Living Bodies, en R. SHIELDS (ed.): Cultures of Internet: Virtual Spaces, Real Histories, Living Bodies, Sage, Londres.
- ROLLÁN MENDEZ, J.M.; SASTRE ZARZUELA, E. (2003): Hablares: el mundo rural y sus aportaciones al léxico castellano. Tomo V, El yantar, Salamanca: Junta de Castilla y León.
- TOMLINSON, J.(2001): Globalización y cultura. México: Oxford University Press.
- TORRENS ÁLVAREZ, M.J. (2007): Evolución e historia de la lengua española, Madrid: Arco Libros.
- TYLOR, E. B. (1996) Cultura primitiva: Los orígenes de la cultura. Ayuso.
- VALIENTE, F. J. (2004). Comunidades Virtuales en ciberespacio. Doxa Comunicación Revista interdisciplinar de estudios de comunicación y ciencias sociales.
- VELTMAN, K.H. (2003). Desafíos de la aplicación de las TIC al patrimonio cultural, en PH. Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico. Sevilla, Junta de Andalucía, diciembre, n. 46.
- VIDOS, B. E. (1973): Manual de lingüística románica, Madrid: Aguilar.
- VILCHEZ CARRALCAZAR, M.S. coord. (2015): Montefrío en blanco y negro. Montefrío: Ayuntamiento de Montefrío.
- VIUDAS CAMARASA, A. (1986): Dialectología hispánica y geografía lingüística en los estudios locales (1920-1984): bibliografía crítica y comentada, Madrid: Diputación Provincial de Cáceres.
- WEINBERG, I. (2002): «Ensayo y transculturación». Cuadernos Americanos Nueva Época 6 (96): 31-47.
- ZAMBRANO, C. (2004): Ejes políticos de la diversidad cultural. Bogotá: Siglo Del Hombre Editores: Universidad Nacional De Colombia.

Convenciones:

UNESCO (1982): Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales. MONDIACULT. UNESCO. México.

UNESCO (1989a): Proyecto de Recomendación a los Estados Miembros sobre la salvaguardia del Folklore. UNESCO. París.

UNESCO (1989b): Recomendación sobre la Salvaguardia de la Cultura Tradicional y Popular. UNESCO. París.

UNESCO (2000a): Cultural Diversity, conflict and pluralism. UNESCO. Paris.

UNESCO (2000b): Patrimoine mondial. UNESCO. Paris.

UNESCO (2001): Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural. UNESCO. México.

UNESCO (2003a): Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial. UNESCO. París.

UNESCO (2005): Convención sobre la protección y la promoción de la diversidad de las expresiones culturales. UNESCO. París.